

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

**EL DESPLIEGUE DE LA FANTASÍA EN LA COMPRENSIÓN DE SÍ MISMO Y DEL
OBJETO**

**TRABAJO DE GRADO COMO REQUISITO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE
ESPECIALISTA EN CLÍNICA Y PSICOTERAPIA DE ORIENTACIÓN
PSICOANALÍTICA**

AUTORA:

ADRIANA VILLA LARGACHA

TUTORA:

HILDA BOTERO CADAVID

BOGOTÁ, JUNIO 7 DE 2011

INTRODUCCIÓN	8
UN ADOLESCENTE ADORMILADO: EL CASO DE IVÁN	10
EL RELATO DE IVÁN SOBRE SU FAMILIA	11
LA FANTASÍA Y SU PAPEL EN LA VIDA MENTAL	13
El concepto de fantasía	14
Fantasía, mecanismos del yo y estructura psíquica	15
El papel de la madre como ambiente en la configuración de la estructura psíquica	23
Fantasía, realidad y pensamiento	29
Fantasía y simbolización.....	39
LA PSICOTERAPIA DE IVÁN.....	45
Primer momento: Algo nos agobia... ..	46
Segundo momento: Por fin ¡Emerge la rabia!.....	50
Tercer momento: Reaparece Naruto y se efectúa la venganza. Sin embargo, algo cambia.....	56
Cuarto momento: de Naruto a Iván: un surgimiento doloroso, en medio de una falla ambiental.....	63
DISCUSIÓN	73
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	79

INTRODUCCIÓN

Algunos autores de la corriente psicoanalítica post-Kleiniana han escrito interesantes artículos en los que plantean que la fantasía inconsciente, lejos de ser un opuesto de los procesos de pensamiento, aprendizaje y racionalización, está estrechamente relacionada con ellos.

Así, se encuentran posturas como la de Susan Isaacs (1948), para quien las fantasías promueven y mantienen el desarrollo del interés por el mundo externo y por los procesos de aprendizaje, y dotan al sujeto de cierta fuerza para buscar conocimiento en este mundo y organizarlo. En términos de Isaacs, “*el pensar realista no puede operar sin el apoyo y presencia de fantasías inconscientes*” (1948: 106) (la letra cursiva es de la autora).

O, surgen también, planteamientos un poco más recientes como los de Hanna Segal (1980 y 1994), para quien el pensamiento tiene su origen en el proceso de puesta a prueba de las fantasías inconscientes en la realidad. Dicho proceso, le permite al sujeto formarse “una imagen del objeto real y diferenciarlo del objeto alucinado, observando sus características reales, tanto buenas como malas” (1994: 46).

En el trabajo psicoterapéutico que desarrollé durante aproximadamente un año con un paciente adolescente que, al iniciar el proceso, presentaba una fuerte inhibición de su vida instintiva, una parálisis de su vida de fantasía inconsciente y algunos trastornos de pensamiento y simbolización, pude darme cuenta que, efectivamente, existe algún tipo de vínculo entre el despliegue de la fantasía inconsciente y el desarrollo del pensamiento. Pude constatar que, después de que este adolescente liberó su vida instintiva, y expresó sus fantasías, comenzaron a surgir en sesión, poco a poco, preguntas sobre sí mismo y sobre sus objetos, que luego se transformaron en comprensiones y le permitieron la adquisición gradual del principio de realidad y el pensamiento. Y, entonces, surgió en mí la siguiente pregunta: ¿es el desarrollo y la expresión de las fantasías inconscientes un paso necesario en la construcción de comprensiones sobre sí mismo y sobre el objeto?, ¿lo es, por lo menos, en el caso de un adolescente que llega a psicoterapia con las dificultades mencionadas anteriormente? Es a esta última pregunta a la que intentaré responder en el presente trabajo.

Para realizar el trabajo he escogido una estructura que a mis ojos, y también a mi mente, resulta simple y clara. Inicio con una descripción del paciente, en la que pretendo dar una idea al lector de cómo es, cuáles son sus comportamientos habituales en sesión, qué cosas prefiere hacer y qué actividades suele

rechazar, etc.; luego, doy algunos datos sobre su familia y sobre la relación que el paciente tiene con cada uno de sus miembros; posteriormente desarrollo todo lo que para mí corresponde al marco teórico del trabajo; describo lo que fue la psicoterapia y sus distintos momentos; y, finalmente, realizo una discusión.

Quisiera resaltar que el marco teórico se centra, fundamentalmente, en el tema de la fantasía y que, desde allí, retomo todos los demás temas y conceptos psicoanalíticos que resultan de utilidad para comprender el caso: estructura psíquica y mecanismos del yo, realidad, pensamiento y simbolización. Los principales autores a los que acudí como fuente directa son Hanna Segal, Susan Isaacs, Melanie Klein, Donald Winnicott y Wilfred Bion.

El marco teórico que construí no se compone únicamente de teoría. En la medida en que voy desarrollando el concepto de fantasía inconsciente y su papel en la vida mental, voy introduciendo la hipótesis del caso: inferencias sobre lo que me parece que ocurrió con la vida de fantasía inconsciente del paciente, sobre el grado de interacción de sus fantasías inconscientes con el mundo externo, y sobre lo que sucedió con el desarrollo de su capacidad para pensar y con su proceso de creación de símbolos.

El capítulo de la psicoterapia lo elaboré pensando en los momentos que para mí fueron más relevantes y que, de alguna manera, marcaron una especie de hito: ya sea porque implicaron ciertos cambios importantes en la relación psicoterapéutica, o porque en ellos se establecieron unos avances —o retrocesos—, también importantes, en el paciente. En este capítulo trato de entender cómo surge y se despliega la fantasía inconsciente a lo largo del proceso, en qué momento comienza a ser simbolizada, y cuándo empiezan a surgir las comprensiones del paciente sobre sí mismo y sobre sus objetos. El lector no solo hallará aquí material clínico; también encontrará unas primeras aproximaciones teóricas más a lo que, considero, sucedió durante la psicoterapia.

Finalmente, en la discusión, trato de responder a la pregunta que orienta mi trabajo. Para lograrlo recurro, por un lado, a las evidencias encontradas en el material clínico, y, por el otro, a los planteamientos teóricos de algunos autores.

UN ADOLESCENTE ADORMILADO: EL CASO DE IVÁN

Para el momento en el que iniciamos el proceso psicoterapéutico, Iván tenía 13 años. Estaba en octavo grado. Nunca había corrido el riesgo de perder un año en el colegio, hasta éste, en el que ya llevaba la mitad de las materias del curso reprobadas. Sin embargo, los problemas en el colegio no fueron la razón por la cual lo llevaron a consulta. La razón, que su mamá expuso con vergüenza y angustia en la primera sesión, y que Iván oyó atónito, con los ojos rojos y llorosos, fue que abusó sexualmente de una prima de ocho años, durante una celebración familiar y sin ser visto por nadie. En este primer encuentro la mamá pidió para él un tratamiento psicológico y manifestó estar dispuesta a que se diera por el tiempo y la frecuencia que fuera, con tal de que se supiera qué era lo que tenía Iván.

Alto y flaco, Iván camina lento y parece moverse más por inercia que por voluntad. En muchas ocasiones, lo primero que hace al llegar al consultorio es buscar la silla que le corresponde -su silla- y sentarse en ella, estirándose y expandiéndose lo que más puede. Mientras sus piernas y brazos están relajados y extendidos, su espalda simplemente se deja descolgar, haciendo un ángulo oblicuo con el espaldar de la silla, como si no hubiera columna vertebral, como si nada pudiera sostenerla recta. Al acomodarse de tal manera, sus pies terminan encontrándose con los míos, aunque, cuando esto sucede, Iván no pareciera darse cuenta, simplemente los deja así.

No es extraño tampoco que Iván llegue a algunas sesiones con un aire somnoliento. En estos casos parece como si, después de una larga jornada de sueño, alguien lo hubiese llevado a sopetones al consultorio y lo hubiese dejado en la puerta, sin que se diera cuenta. Cuando llega así, se frota los ojos un buen rato, hasta que termina dejándose los rojos. Poco después, podemos buscar la manera de empezar a hablar.

Iván manifiesta, tajantemente, que no dibuja pues no sabe hacerlo, y muestra resistencia a escribir. Prefiere hablar, aunque su comunicación verbal no siempre parece fluir. A veces pasa un buen rato mirándome, examinándome sin decir nada, y de repente cuenta alguna anécdota de forma muy breve, de la nada, que me cuesta trabajo comprender. Parece que tuviera una especie de guión que repite cada vez que siente que el silencio puede ponernos en aprietos. Este guión no habla de él, no tiene emociones, es plano.

En general, Iván transmite un estado mental adormilado y una vitalidad reducida. Las pocas veces que se siente agitación en él, en su interior, es cuando hablamos de videojuegos (una de las actividades que suele envolverlo), o cuando cuenta historias de personajes del *anime*¹. En estos momentos se inquieta, se para de la silla, se mueve de un lado al otro, busca recursos para transmitirme lo que siente, para llevarme hasta allá, donde están sus emociones más profundas.

Aunque el abuso sexual fue el motivo por el que llegó a consulta, el proceso psicoterapéutico que realizamos con Iván no se centró en esclarecer y trabajar dicho acto de abuso. En parte porque no es éste el modo de proceder en la psicoterapia de orientación analítica –no se dirige al paciente, por encima de sus posibilidades e inquietudes, hacia un cierto foco de trabajo escogido por el psicoterapeuta-; y en parte, también, porque antes de llegar al abuso sexual como un elemento sensible de la vida de Iván a ser analizado, era necesario abordar primero otros aspectos de su vida psíquica subyacentes –sus dificultades de simbolización y pensamiento-, y, además, era fundamental crear un modelo de comunicación y de relación terapéutica sólido y resistente.

EL RELATO DE IVÁN SOBRE SU FAMILIA

A continuación expondré algunas de las percepciones que Iván tiene sobre cada uno de los miembros de su familia. Iniciaré por la manera en que se ve a sí mismo –en comparación con su hermano- dentro del núcleo familiar, para luego dar paso a las descripciones que hace sobre su papá, su hermana, su mamá, y, finalmente, sobre sus padres como pareja.

Iván vive con sus papás y sus dos hermanos, un niño de ocho años y una adolescente de doce. En su relato, las mayores dificultades las muestra en la relación con su papá y con su hermano menor, Javier. Con este último, tiene choques constantemente, porque siente que es el preferido de su papá y que, al serlo, está blindado y protegido de sus regaños y recriminaciones (lo que, por supuesto, no siente que le suceda a él). Claramente, ve en Javier a un rival, y siente que éste está incluido, junto con su hermana, en algo de lo cual él se encuentra excluido. Por eso lo agrede ocasionalmente, pegándole, echándole la culpa de cosas que no ha hecho, o diciéndole palabras que sabe que le molestan. Cotidianamente, la sola presencia de Javier le recuerda, le hace sentir, que hay algo de lo que no hace parte; hay un cierto privilegio (la atención del objeto, el cariño de su padre) al que él no puede acceder.

¹ Dibujos animados de origen japonés.

De otro lado, cuando el relato de Iván se refiere a su papá y cuenta algo de lo que le ha sucedido con él últimamente, surgen, en sesión, toda una serie de emociones y sentimientos distintos entre sí. A veces se desatan en Iván torbellinos de rabia que, en la medida en que va hablando, crecen cada vez más, (incontrolables, arrasadores) y lo llevan a fantasear con poderosas escenas de ataque y destrucción dirigidas hacia él.

Iván siente que su papá nunca cumple las promesas que le hace, que “no tiene palabra” y que no se puede confiar en él. En estos momentos, en estos días de torbellino, lo inunda la sensación de que el trato que recibe es injusto, en comparación con el que reciben sus dos hermanos menores. Así que lo enfrenta, sin que eso deje de generarle temor, otro de los sentimientos que deja entrever hacia su papá.

Pero no todo es rabia y dolor. Otras veces, lo que surge en Iván es la burla. Y esto sucede cuando el papá pone en evidencia sus debilidades, sus incapacidades o, cuando, en general, le suceden cosas malas. De esta manera, a Iván le resulta chistoso que usualmente su papá no se acuerde dónde dejó sus objetos personales, que pierda fácilmente las cuentas de su propia plata, o que (como él mismo lo dice) dañe todo aquello que toque.

Por último, en otras tantas ocasiones, lo que aparece en Iván cuando lleva a sesión relatos de situaciones vividas con su papá, es un gran aburrimiento y un deseo enorme de sumergirse en el sueño. Y esto sucede cuando cuenta escenas en las que lo obliga a hacer algo (a trabajar con él un fin de semana en el almacén, por ejemplo) o lo regaña por haber incumplido con alguna tarea. En estos momentos, su pereza y aburrimiento son tan poderosos que lo invaden a él, llenan el consultorio, e incluso, me llenan a mí.

Concluyendo, a Iván le resulta difícil comprender a su papá a quien ve, sin podérselo explicar, contento, bravo, despreocupado, complaciente. Es, en sus palabras, un papá “como loco”, que pasa de un estado emocional a otro con facilidad y sin ninguna razón aparente.

Aunque de su hermana no habla tanto como de su papá y su hermano menor, Iván la considera una persona “fastidiosa”, de mal genio, que pone problema por todo. Ella es también blanco de sus quejas y, en ocasiones, destinataria de sus agresiones.

Pero a quien menos se refiere Iván en sus relatos, es a su mamá. Paradójicamente, es ella quien lo trae a las sesiones y con quien comparte más tiempo. Es una especie de aliada: juntos, suelen quejarse de lo “malo” que hace el papá y comentar, sin que los oiga, sus múltiples desaciertos. Y en esa alianza y ese pasar del tiempo con ella, sucede, en ocasiones, que se les hace tarde y se les olvidan sus compromisos.

Sin embargo, su mamá no es sólo su aliada y su cómplice; es también quien impone los castigos en la casa, que muchas de las veces consisten en golpes. En este sentido, Iván siente que es “conflictiva”, que se pone brava por “bobadas”, y cree que alguien debería ayudarla. Aún así, cuando Iván siente culpa y arrepentimiento por su destrucción, estos sentimientos los asocia directa y conscientemente con su mamá que es, entre sus seres cercanos, a quien más teme desilusionar.

Finalmente, la relación entre el papá y la mamá de Iván no escapa a los grandes conflictos, y en esa medida, tampoco escapa a sus relatos en sesión. Según lo cuenta Iván, discuten frecuentemente porque el papá no tiene suficiente plata para pagar las cuentas que deja la casa y porque llega borracho. Iván ha presenciado varias de estas discusiones, que a veces le producen una furia intensa con su papá, por la forma en que trata a su mamá. En términos de Iván, sus papás “pelean y se arreglan, pelean y se arreglan.”.

A este ciclo de encuentros y desencuentros entre sus papás se anuda otro, que a Iván le resulta mucho más difícil de asumir y soportar, por las consecuencias que tiene para él: un ciclo de apariciones y desapariciones de ambos progenitores. Así, durante las peleas o los desencuentros, Iván tiene la posibilidad de tener a su mamá cerca e, incluso, de quejarse y de burlarse de su padre. Por el contrario, cuando su papá y su mamá se arreglan, ambos desaparecen en su encuentro, e Iván, con rabia, se percibe abandonado.

LA FANTASÍA Y SU PAPEL EN LA VIDA MENTAL

En este tercer capítulo volveré sobre el concepto de fantasía inconsciente, partiendo de una perspectiva psicoanalítica kleiniana y neo-kleiniana. Me ocuparé en describir las relaciones que teóricamente se han establecido entre dicho fenómeno y otros aspectos de la vida mental, los cuales, por los objetivos de este trabajo, resultan fundamentales: los mecanismos del yo, la configuración de la estructura psíquica, el sentido de realidad, el pensamiento y la simbolización.

Retomaré los planteamientos de distintos autores como Melanie Klein, Donald Winnicott, Wilfred Bion, Susan Isaacs y Hanna Segal, haciendo un énfasis en las ideas de estas últimas dos psicoanalistas, por las que siento un gran interés.

El concepto de fantasía

En uno de los artículos en los que habla de la fantasía inconsciente, *Fantasía*, Hanna Segal (1965: 20) inicia haciendo una aclaración que podría parecer innecesaria y obvia para un instruido lector psicoanalítico, pero que quisiera traer a colación por considerarla de gran valor. La aclaración de Segal, es la siguiente: “Las fantasías inconscientes están siempre presentes y siempre activas en todo individuo. Es decir que su presencia no es índice de enfermedad ni de falta de sentido de la realidad”.

¿En qué estriba el valor de estas palabras, aparentemente tan sencillas? El valor está en que nos permiten apreciar el fenómeno desde una perspectiva distinta. Nos recuerdan que las fantasías son naturales y que de ellas estamos hechos. No le pertenecen sólo a los niños o a cierto tipo de individuos; nos pertenecen a todos e influyen cada uno de nuestros actos.

Una segunda idea importante que Segal plantea en este artículo, es la relación que tienen las fantasías con los instintos². Dicha relación, podría resumirse de la siguiente manera: los instintos existen en función de un objeto o, como Segal lo dice, “Por definición [...] son buscadores-de-objetos” (Ibíd.: 20); por su parte, los objetos son vividos y recreados en el mundo interno de las personas a través de fantasías; por eso, cuando la mente experimenta el instinto, lo vincula a la fantasía del objeto con el que está relacionado. En la vida mental, por cada instinto que aparece y se expresa, se puede esperar una fantasía inconsciente correspondiente.

¿Qué es, entonces, la fantasía? En un texto posterior (1980a: 67) Segal se arriesga a dar una definición. Dice, en *La fantasía y otros procesos psíquicos*, que la fantasía es “la representante psíquica

² La palabra instinto es usada por mí en este trabajo no a partir de su significado clásico, a saber, como un “esquema de comportamiento heredado, propio de una especie animal, que varía poco de uno a otro individuo” (Laplanche y Pontalis, 1967: 198); sino como el equivalente del concepto de “pulsión”, es decir, como un “Proceso dinámico consistente en un empuje” (Ibíd.: 324), en el que la fuente es un estado de excitación corporal, el *fin* consiste en suprimir tal estado de tensión, y el *objeto* es necesario para alcanzar este *fin*. La razón por la que no empleo el término “pulsión”, es porque gran parte de los artículos que cito, y que me han servido como referencia, han sido traducidos del inglés al castellano de esta manera: usando la palabra “instinto”. Esta aclaración aplica también para otros términos relacionados que aparecen a lo largo del trabajo como “vida instintiva”.

o correlato mental, la expresión mental del instinto”. Surge en el individuo desde el nacimiento (pues desde ese entonces actúan los instintos) y, al principio, es sentida como un fenómeno somático y mental. Somático, ya que el material del que está hecho es el instinto; y mental, en la medida en que pertenece al orden de las representaciones.

Poco a poco, en la medida en que el desarrollo sigue su curso, las fantasías empiezan a cambiar, y se ajustan a las nuevas posibilidades que ofrece el cuerpo. Uno de los principales cambios que afectan su naturaleza es la diferenciación entre el deseo y el acto, o, dicho de otra manera, entre los hechos exteriores y los sentimientos que éstos generan (Isaacs, 1948).

Fantasía, mecanismos del yo y estructura psíquica

Según Isaacs (1948) y Segal (1980a), las fantasías inconscientes no sólo actúan como los primeros representantes psíquicos de los instintos libidinales y destructivos; también son un modo de defenderse contra las ansiedades, permiten inhibir y controlar (o tener la ilusión de controlar) los instintos, son una vía mediante la cual se expresan deseos de reparación, y finalmente, juegan un papel primordial en el proceso de configuración de la estructura de la personalidad.

A continuación exploraré, brevemente, esas otras funciones de las que está encargada la fantasía inconsciente. Iniciaré por la relación que tiene con los mecanismos del yo -o los modos de defenderse contra las ansiedades-, y terminaré esbozando algunas conclusiones sobre su labor en la configuración de la estructura psíquica. Al abordar este último punto, consideraré no sólo el lugar de la fantasía inconsciente, sino también la importancia de la madre como objeto externo y como ambiente.

Haciendo referencia al primer punto -la relación entre fantasía inconsciente y mecanismos del yo- Isaacs (1948) plantea que la fantasía es el vínculo que existe entre los instintos y los mecanismos del yo; es, decir, es la manera en que los instintos se transforman en un mecanismo. Por eso, para esta autora, todos los mecanismos del yo derivan, en última instancia, de los instintos y son experimentados siempre como fantasías.

Aunque al referirse a esta relación Isaacs (Ibíd.) menciona rápidamente distintos mecanismos del yo (escotomización, confesión compulsiva, manía, etc.) profundiza, principalmente, en tres de ellos y en las maneras en que son experimentados a través de la fantasía: la negación, la proyección y la introyección.

Así, al retomar el mecanismo de negación, Isaacs aventura que una persona puede vivirlo en su fantasía inconsciente de la siguiente manera: “‘Si no lo admito (por ejemplo un hecho doloroso), no es verdad’. O: ‘Si no lo admito, nadie sabrá que es verdad’” [...] ‘Si esto no sale de mi boca, queda demostrado que no está dentro de mí’; o ‘puedo evitar que alguien sepa que está dentro de mí’” (Ibíd.: 104). Y también ofrece ejemplos de cómo se podría llegar a sentir la incorporación del pecho materno como un objeto interno, incorporación estrechamente relacionada con el mecanismo de introyección: “‘La quiero tomar y la estoy tomando (madre o pecho) dentro de mí’” (Ibíd.: 98), “‘Tengo dentro de mí un pecho bueno’ o tal vez: ‘Tengo dentro de mí un pecho malo mordido, torturante –tengo que matarlo y liberarme de él’” (Ibíd.: 102).

Ahora, en la medida en que los mecanismos del yo juegan un papel fundamental en la configuración de la estructura psíquica (la represión para Freud, y la proyección y la introyección para los autores kleinianos y post-kleinianos) se vuelve clara, entonces, la relación que existe entre estructura psíquica y fantasía inconsciente: es gracias a la fantasía, en parte, que se puede contar con una estructura de la personalidad. Hanna Segal lo manifiesta de la siguiente manera:

Si se considera que los mecanismos de introyección y proyección se basan en fantasías primitivas de incorporación y eyección, se vuelve de inmediato evidente el nexo entre la fantasía y la estructura psíquica. Las fantasías de objetos que son introyectados en el yo, así como la pérdida del yo por la fantasía de identificación proyectiva, afectan la estructura de la personalidad (1980a: 71).

¿En qué consiste, más detalladamente, esta intervención de los mecanismos de introyección y proyección en la configuración de la estructura psíquica? Quisiera detenerme en este punto, que considero de gran relevancia.

Para Isaacs (1948) los mecanismos de introyección y proyección, más allá de la designación abstracta que implican, son procesos mediante los cuales el yo se apropia de ideas, impresiones e influencias que llegan a formar parte de su estructura, y, de modo contrario, abandona ciertos aspectos o elementos que le generan conflicto o tensión, atribuyéndolos a una persona, a un grupo de personas, o a partes del mundo exterior.

El proceso de introyección, particularmente, se relaciona con fantasías de incorporar dentro de sí mismo -devorando, absorbiendo, mordiendo, etc.- personas o parte de las personas con las que se ha tenido relación desde el principio de la vida. Estas fantasías están entre las primeras que vive el individuo y son de carácter oral, pues los instintos en los que se basan son, también, de ese tipo (Ibíd.).

Como resultado del proceso de introyección se configuran unos objetos internos que Joan Riviere, psicoanalista kleiniana, define como aquellas figuras formadas por el molde de las personas que se aman y odian por primera vez en la vida, y que representan también aspectos del sí mismo. En palabras de Riviere, los objetos internos son “personas de fuera nuestro que una vez necesitamos y de quienes dependimos como dadoras de vida [que] llegan a ser llevadas dentro nuestro en la fantasía” (1955: 353). Estos objetos internos existen en la fantasía como representaciones mentales –no como seres con vida propia- (Ogden, 1986), y tienen un funcionamiento más o menos libre e independiente: poseen actividad y movimiento, establecen relaciones entre ellos, se transforman y se modifican.

En la teoría de los objetos internos, impulsada inicialmente por Melanie Klein (1948) y fortalecida luego por múltiples autores del psicoanálisis, se han resaltado dos tipos de objetos que son vitales para el desarrollo de la estructura psíquica: el objeto bueno y el objeto malo. Ambos se construyen en el marco de la primera relación que establece el bebé con la madre -que en este momento inicial se encuentra mediada por el pecho-, se basan en los propios impulsos y fantasías del bebé, -principalmente, los provenientes del instinto de vida y el instinto de muerte-, y configuran el superyó temprano.

El primero de estos dos tipos de objetos, el objeto malo, es sentido por el bebé como terrorífico, persecutorio y “devorador”. Se configura a partir de la proyección de los impulsos destructivos y agresivos del bebé en el pecho no gratificador (la madre en los momentos en los que no satisface sus necesidades), que se vuelve el representante externo del instinto de muerte. Después de recibir las destrucciones del bebé, este pecho es introyectado como un pecho malo que ataca y destruye por dentro al objeto bueno y a sus demás objetos, generando una sensación en el yo de estar contenido por “objetos devorados y devoradores” (Ibíd.: 240). Tal sensación activa, inmediatamente, el mecanismo de proyección, encargado de desviar los peligros internos hacia el mundo externo.

Gracias a la interacción de los mecanismos de proyección e introyección -que se da durante toda la vida-, se crea una dinámica especial, descrita por Klein de la siguiente manera:

Hay por consiguiente una fluctuación constante entre el temor a los objetos malos internos y externos, entre el instinto de muerte actuando dentro y desviado hacia afuera [...] Los peligros externos se experimentan a la luz de los peligros internos y por consiguiente se intensifican; por otra parte, cualquier peligro que amenaza desde fuera intensifica la perpetua situación interna de peligro. (Ibíd.: 242).

Paralelamente a la configuración del primer objeto interno malo, es formado el primer objeto interno bueno. Este último es sentido como aquel que alimenta, cuida y protege al yo. Se forma a partir de la ligazón que hace el bebé entre el pecho gratificador (es decir, la madre, cuando puede responder a sus necesidades de una manera empática y oportuna) y el instinto de vida. Su introyección refuerza el instinto de vida en el mundo interno y crea una parte vital del yo, que lo protege de los distintos ataques y presiones a los que se ve sometido, y que le permite a este último desarrollarse y expandirse. En palabras de Klein, “Cuando el yo es asistido por el objeto bueno internalizado, se encuentra más capacitado para dominar la ansiedad y preservar la vida” (1958: 90). Por eso, el temor de ser “aniquilado”, que es muy fuerte en esta etapa de la vida, nace, en parte, del miedo que le genera al bebé la posibilidad de que su objeto bueno sea destruido. Preservar el objeto bueno, es una de las principales preocupaciones del yo.

Un tiempo después de que sucede con la madre como objeto parcial, este mismo proceso de división en aspectos buenos y malos se repite con el padre quien, poco a poco, también comienza a ser introyectado en el mundo interno del bebé. El padre es, según Klein, “el segundo objeto parcial importante a ser introyectado” (1948: 242).

Ambos procesos -con el padre y con la madre- son llevados a cabo gracias al mecanismo de escisión, el cual consiste en una defensa primitiva del yo para hacer frente a las ansiedades persecutorias propias de la posición esquizoparanoide³. Mediante este mecanismo, el yo escinde en forma activa al objeto y su relación con él, lo que implica también una escisión de sí mismo (Klein, 1946).

La escisión se da siempre en términos de cualidades “buenas” y “malas” del objeto primario. Las primeras son asociadas a experiencias de gratificación y generan hacia el objeto sentimientos de amor;

³ El concepto de posición esquizoparanoide se encuentra explicado más adelante, en el apartado de Fantasía y Simbolización.

mientras que las segundas son asociadas a experiencias de frustración y generan sentimientos de odio (Ibíd.).

Con la escisión funcionando, el yo puede dispersar los impulsos destructivos, sentidos como una fuente de peligro. En términos de Klein, “el pecho frustrador-atacado en fantasías sádico-orales es sentido hecho pedazos, mientras que el pecho gratificador [...] es sentido como completo” (Ibíd.: 257). No obstante, esto no garantiza una sensación de bienestar permanente; el sentimiento del niño de tener dentro de él un pecho bueno puede ser desbaratado o “sacudido” por situaciones de frustración y ansiedad. Y cuando ello sucede, la división entre un pecho bueno y un pecho malo es difícil de mantener.

Ahora, es importante aclarar que la escisión no sólo ocurre al interior de los objetos parciales primarios introyectados -padre y madre-, sino que, en algunos casos, se da entre el objeto interno padre y el objeto interno madre. Lo que sucede aquí es que uno de los dos objetos (padre o madre) es idealizado, mientras que el otro se convierte en un objeto “malo”, terrorífico y persecutorio (Meltzer, 1978).

Para que la configuración de objetos primarios buenos y malos se dé, además de la escisión, se necesitan otros dos mecanismos del yo: la idealización y la negación. Siguiendo a Klein (1946), la idealización se encuentra ligada al mecanismo de escisión, y consiste en un proceso psíquico por medio del cual el yo exagera las características del objeto interno bueno, para sentirse protegido frente a los aspectos persecutorios propios del objeto malo. Surge del poder de los deseos instintivos del bebé, que aspiran a ser gratificados permanente e ilimitadamente y que, para ello, crean un objeto “inagotable, y siempre generoso, un pecho ideal” (:259).

Por su parte, la negación consiste en una acción del yo con la cual la presencia del objeto malo interno es negada, así como también son negados los sentimientos de frustración y de dolor que este último genera. Para Klein (Ibíd.) esta acción del yo implica, necesariamente, la negación de la “realidad psíquica” del bebé, fundamentada en sentimientos y fantasías omnipotentes. Además, con la negación del objeto malo y de los sentimientos que éste genera, viene de la mano la eliminación (en la fantasía) de la relación de objeto, y, en consecuencia, la de una parte del yo.

Valdría la pena comenzar a preguntarse en este punto: ¿qué sucedió con Iván cuando era pequeño?, ¿cuál fue el resultado de sus procesos de introyección y proyección?, ¿qué tipo de objetos primarios se configuraron en su mente y con qué características? ¿Pudo Iván introyectar un objeto primario bueno que

le ayudara a desarrollar su yo y lo hiciera sentir protegido y confiado frente a lo desconocido del mundo externo, y frente a sus propios impulsos?

Al analizar los protocolos de las sesiones, se perciben distintas características de la madre y el padre de Iván como objetos internos primarios. En ocasiones, la madre surge como un objeto bueno, que se preocupa y se ocupa de sus cosas. Así lo muestra, entre otros, el siguiente fragmento de sesión:

(Inicia la sesión).

T: ¿Cómo has estado, Iván?

I: Bien...

T: ¿Cómo te ha ido en estos días?

I: Mmmm... Hoy estuve en el colegio con mi mamá y dieron noticias de quién perdió el año y quién lo pasó. (Sonríe nerviosamente).

T: ¿Y qué pasó contigo?

I: Lo perdí. Mi mamá habló con la profesora, y ella fue la que le dijo. (Silencio).

T: ¿Y cómo te sientes?

I: Mal...

T: ¿Por qué mal?, ¿qué es lo que más triste te pone de todo esto?

I: Mi mamá, que ella me ha ayudado y apoyado, y no quería que perdiera el año. (Silencio de nuevo). Mañana va a ir al colegio otra vez a hablar con los otros profesores, a ver si hay algo que hacer. De pronto puedo recuperar algunas materias y no sé qué pase.

(Sesión 18).

Sin embargo, no parece tratarse de un objeto bueno sólido y configurado. Más bien, son partes buenas aisladas, a las que Iván puede acudir de tanto en tanto, en su búsqueda de protegerse de la persecución que encuentra en el mundo externo (en parte, como resultado de sus propios impulsos destructivos, de su propia agresión).

En ese orden de ideas, la madre también es sentida por Iván como un objeto que reacciona de forma agresiva y que puede estallar en rabia en cualquier momento; como un objeto, de alguna manera, inestable:

(Nos encontrábamos hablando de la mamá, que hoy tenía su primera cita con una psicóloga practicante de Consultores).

T: ¿Qué piensas de que tu mamá vaya a donde la psicóloga ahora?

I: Pues bien, porque va a poder hablar de las cosas que le pasan y le van a ayudar a quitarle lo que tiene

T: ¿Y qué es lo que tiene?

I: (Sonríe). No sé... De pronto le van a ayudar a no ponerse brava por bobadas.

T: Es como si esperaras que alguien viniera y le quitara a tu mamá esas cosas que a ti no te gustan de ella, esas cosas que prefieres que no estén.

I: (Sonríe y afirma mi señalamiento con la cabeza).

(Sesión 10).

Finalmente, la madre está representada en la mente de Iván como un objeto aliado, con el que puede hacer las cosas que quiere, y, sobre todo, con el que puede juntarse para atacar al padre:

I: (Entorna los ojos y habla con un gran aburrimiento). Y esta semana mi papá me llevó casi todos los días al almacén a trabajar... (Silencio). Uno de los días, me pidió que llevara una muda y no me dijo para qué. Luego llegamos al almacén y ni me tocó ponerme la muda ni nada... No me volvió a decir nada. Yo no lo entiendo (Hace gestos de indignación con su cara).

[...]

I: Ahorita que veíamos con mi mamá en el bus, yo le conté lo de la muda. Y ella me dijo: “es que su papá a veces sí... ¡Nadie lo entiende!”. Y hablamos de mi papá y nos reímos (Sonríe y me mira). (Sesión 11).

(Se encuentra hablando del papá).

I: En cambio mi mamá sí me deja hacer varias cosas, ella no me pone problema... Cuando mi mamá está y mi papá se va a tomar trago con los amigos, yo puedo quedarme hasta las once despierto. En cambio, cuando mi papá está...

T: Como que no te gusta que tu papá no esté, que se vaya a hacer esas cosas, a tomar trago con los amigos; pero por otro lado, también te gusta que se vaya, porque puedes hacer lo que quieres.

I: (Asiente enérgicamente con la cabeza).

(Sesión 19).

Por su parte, el objeto interno padre muestra otras características, entre las cuales la principal es la ausencia; una ausencia física, afectiva y material. El siguiente fragmento de sesión, así lo demuestra:

(Nos encontramos hablando de que va a tener que darle la noticia al papá de que perdió el año).

I: Y ahora estoy seguro que ya no me va a dar el X-box que me dijo el otro día que me iba a comprar. (Lo dice con un gran tono de indignación)... Y seguro tampoco va a comprar el computador que se necesita en la casa. Hace harrta falta....

T: Hemos hablado antes de que tu papá no cumple las promesas. ¿Y sabes qué pienso? Que como sientes que tu papá no cumple las promesas, que no hace lo que le toca, pues tú tampoco te portas juicioso o haces lo que tendrías que hacer, como pasar el año. Si tu papá no te da lo que quieres, pues tú tampoco le das a él lo que él quiere.

I: Yo hubiera podido pasar el año, pero pues ya me fue mal...

(Sesión 18).

Además de ausente, la representación que Iván tiene de su padre lo muestra como un objeto persecutor. Iván siente, permanentemente, que su padre quiere “montársela”; como si fuera detrás de él, esperando a caerle encima ante cualquier desacierto o error cometido.

Seguramente, las consecuencias de los ataques y luchas que Iván emprende en su fantasía para defenderse de este objeto persecutor -toda la destrucción causada por él-, hacen que también llegue a percibir a su padre como alguien desgraciado y enfermo, a quien la vida no trata bien y que, incluso, podría morir:

(Estábamos hablando de sus vacaciones del colegio).

T: ¿Cómo te ha ido en estos últimos días?

I: Toda la semana me ha tocado estar en el almacén, ayudándole a mi papá. (Silencio).

T: ¿Y cómo ha estado eso?

I: Pues a mi papá le ha ido mal... El otro día sólo ganó \$60.000. (Silencio).

T: ¿Cuánto gana normalmente?

I: Pues hay unos días en que se puede hacer hasta \$200.000.

T: ¿Y por qué crees que le quedó tan poca plata esta vez?

I: Es que cerraron una calle en el Siete de Agosto, y por esa calle es por donde entraban a comprarle a mi papá. Ahora que los carros no pueden parquear, entonces paila... (Sesión 10).

(Continuábamos hablando del mismo tema, las vacaciones, y me empezó a describir lo que sucedió una noche con su padre).

I: Mi papá compró una hamburguesa por la noche para los dos. Como no había nada de comida en la casa y él sabe cocinar pero no le gusta... En cambio, lo que cocina mi mamá es delicioso. (Sonríe). Y mi papá cogió un pedazo de la hamburguesa para él, y el resto lo dejó.

T: ¿Por qué?

I: Es que está enfermo de la úlcera y por eso no puede comer mucho por la noche; porque, además, la comida se le devuelve.

T: De pronto todo eso te preocupa, crees que puede pasarle algo.

I: Es que esa enfermedad no le ha dado sólo a él. A otros tíos les dio, y hay uno que se murió de eso. (Sesión 10).

Una última característica del objeto padre es la impredecibilidad. En las representaciones de Iván el padre es impredecible en la medida en que suele reaccionar de maneras distintas ante un mismo evento, y en que es difícil comprender sus estados de ánimo. Esta característica está relacionada con cierta amenaza permanente de agresividad, al igual que sucede con su madre. A continuación, un fragmento de sesión que la refleja:

(Empieza la sesión).

T: ¿Cómo has estado?

I: Bien. (Se queda callado un rato).

T: ¿Cómo van las cosas?

I: Estudiar... Y me ha ido mal. Perdí seis áreas, pero tres las pude recuperar con un trabajo que hice el sábado. Entonces no voy a perder el año. En el colegio le dijeron a mi mamá que si sigo estudiando ahí sí pierdo el año, pero que si se consigue un colegio en el que no haya Gestión Administrativa⁴, entonces me pasan a noveno. ¿Y por qué no vine la vez pasada? Porque mi mamá ese día me dijo: “voy a cancelar la cita”, y yo dije: “Ahh...”. Tenía que hacer varias recuperaciones para el día siguiente.

T: Bueno, pero vamos despacio. Me cuentas lo del colegio y el problema con perder el año rápido, y pasas de uno a otro tema como si no fuera tan importante, y yo creo que sí es importante que hablemos de eso. ¿Qué piensas de lo que pasó?

I: Bien... Me va a tocar pasarme a otro colegio, y después vuelvo a éste. (Silencio). Y el otro día mi mamá y yo le contamos a mi papá.

T: ¿Qué le contaron?

I: Lo de perder el año. Y al principio se puso un poco bravo, pero luego, cuando le contamos lo de Gestión Administrativa, se puso contento... Y hasta me invitó a comer algo.

(Sesión 19).

Finalmente, es importante anotar que la radical división de la madre como un objeto bueno al que se teme perder, y el padre como un objeto persecutor -como el objeto malo por excelencia-, muestran en

⁴ Una de las materias que debía ver en el colegio donde se encontraba estudiando.

Iván una gran escisión entre sus dos objetos primarios, escisión que probablemente vive con todos sus demás objetos internos, y dentro de su yo:

I: El otro día mi papá peleó con mi mamá y mi mamá le dijo que se fuera de la casa, y él dijo que sí se iba, pero luego se volvieron a arreglar. Pelean y se arreglan, pelean y se arreglan. Pero él dice que se va y no cumple, nunca cumple. Yo me pondría feliz si no está. (Lo dice riéndose).

T: ¿Te pondrías feliz?

I: Me daría tristeza, rabia y felicidad.

T: Cuéntame, ¿cómo es eso?, ¿por qué tristeza, por qué rabia y por qué felicidad?

I: Tristeza por mi mamá, porque ella me ha ayudado mucho, me ha apoyado en mis cosas y no quiero que le pase eso.

T: No quieres verla triste, verla sufrir...

I: Sí. Rabia porque el papá es el que debe darle a uno las cosas para que uno viva; la plata, la ropa, ¿sí? Y felicidad porque él ya no va a estar y ya no va a haber peleas, y voy a poder hacer lo que quiero. (De nuevo se ríe).

(Sesión 22).

El papel de la madre como ambiente en la configuración de la estructura psíquica

Delineado el papel que juegan los mecanismos de introyección y proyección, quisiera cerrar este apartado esbozando algunos elementos más que son fundamentales para comprender el proceso de configuración de la estructura psíquica. Me centraré, específicamente, en el papel que tiene la madre como objeto externo y como ambiente. Retomaré, brevemente, algunos planteamientos del psicoanalista inglés Donald Winnicott, varios de cuyos trabajos profundizan en este sentido.

Cuando se lee a Winnicott, una de las primeras ideas que surgen con fuerza es que el desarrollo emocional del bebé y el niño no sólo implica una puesta en marcha de los procesos de maduración biológica; depende también de que se cumplan ciertas condiciones externas, que están contenidas en los que él ha nombrado un “ambiente suficientemente bueno” y un “quehacer materno suficientemente bueno” (1984: 122). Si estas condiciones se dan, si este ambiente y este quehacer existen, no sólo habrá desarrollo emocional; también se explotará al máximo el potencial de los procesos de maduración.

¿Qué es un quehacer materno suficientemente bueno? Para entenderlo, hay que recurrir primero a otra elaboración conceptual hecha por Winnicott, según la cual hay dos tipos de madre: la “madre-objeto” y la “madre-ambiente” (Ibíd.: 124).

La madre-objeto es la encargada de satisfacer las necesidades urgentes del bebé y es el blanco de sus excitaciones. Surge en los momentos en los que éste se encuentra integrado debido a las mamadas o las excitaciones producidas por la rabia. Es aquella madre que se encuentra ampliamente referenciada en los

distintos artículos de Melanie Klein, y en los de muchos de los autores psicoanalíticos posteriores, interesados en sus teorías.

Por su parte, la madre-ambiente, tiene como función proteger al bebé de lo imprevisible y darle un cuidado permanente y activo. Es la que recibe, cuando no prima la satisfacción de la necesidad y la excitación -en los momentos de descanso, en los que el bebé está en un estado de no integración- todo lo relacionado con sus afectos y con su “coexistencia sensual” (Ibíd.: 124).

Ligada a este segundo tipo de rol, el de la madre-ambiente, se encuentra entonces la madre con un “quehacer suficientemente bueno”. Según Winnicott (Ibíd.), dicha madre, se caracteriza por realizar las siguientes funciones:

1. Tomar al bebé en sus brazos de una manera adecuada (impidiendo que se desintegre).
2. Manipular su cuerpo (ayudándole a disfrutar la experiencia somática y a relacionarla con su experiencia psíquica).
3. Mostrarle los objetos que lo rodean (permitiéndole que se relacione con ellos y que viva en un mundo concreto).

Pero lo anterior no parece ser lo único que define el “quehacer materno suficientemente bueno”. Dispersos en distintos artículos de Winnicott, se pueden encontrar otros tres aspectos que, desde mi punto de vista, son necesarios para poder ejecutar las funciones mencionadas anteriormente. Estos son: la presencia y disponibilidad de la madre, su seguridad, y su capacidad para identificarse con el bebé.

El primero de estos aspectos, la presencia y disponibilidad de la madre, es mencionado por Winnicott en su libro *Deprivación y delincuencia* (1984). Allí, Winnicott manifiesta que una madre disponible es, simple y llanamente, aquella que no tiene otras inquietudes fuertes; aquella que está ahí con el bebé, continuamente, desempeñando su rol, hasta el momento en el que éste puede introyectarla dentro suyo como una madre sostenedora y mantener esa introyección en su mundo interno.

Al estar presente, la madre permite que el bebé exprese su vida instintiva, lo cual redundará, a su vez, en otros dos beneficios: el bebé puede integrar en su mente dicha vida instintiva con el cuidado que le prestan; y, de otro lado, puede combinar en una sola los dos tipos de madre definidos por Winnicott: la madre-objeto y la madre-ambiente. Cuando estos dos tipos de madre se encuentran, surge en el bebé una

“capacidad de preocuparse” por el otro que, para Winnicott (Ibíd.:126), es uno de los pilares del desarrollo psíquico. Si la madre está ausente en la mayoría de los momentos en los que el bebé está preocupado, lo que ocurre es que se anula el proceso integrador del pequeño, y su vida instintiva queda inhibida o disociada.

El segundo aspecto, la seguridad, tiene que ver con una actitud de la madre en la que ésta pone a salvo al bebé de aquello del mundo externo que no conoce ni comprende, y, además, lo protege frente a sus propios impulsos instintivos y sus efectos. Es otra de las condiciones necesarias para que el bebé libere su vida instintiva, experimente culpa (que luego se transformará en preocupación por el otro), y haga intentos por dar y reparar (Ibíd.).

Pero, también, la seguridad permite que se desarrollen otras cosas: permite que el bebé cree un “espacio potencial” entre él y la madre, concebido por Winnicott (1971) como una zona que se da cuando empieza su proceso de separación, el cual ha estado precedido por un estado de fusión. Se trata de una realidad compartida -en la medida en que no está dentro del individuo ni tampoco fuera de él- que le permite al bebé separarse y, a la vez, no separarse de su madre. Dicha realidad, que para Winnicott es “infinita”, es llena de juegos creadores y experiencias culturales, con los cuales el bebé desarrolla el uso de símbolos. Su existencia, depende siempre de las experiencias vitales y no de las tendencias heredadas.

Por último, la seguridad de la madre lleva a que el bebé desarrolle un sentimiento de seguridad interno y propio, que constituye la base de la confianza en sí mismo y en los otros. Como lo manifiesta Winnicott (1965: 48): “Confiamos en que cada uno de ellos [los niños] adquirirá gradualmente una sensación de seguridad, y en que en su interior se establezca una creencia en algo, algo que no sólo es bueno, sino también confiable y durable, o que puede recuperarse aún después de que ha sido dañado o extinguido”.

Cuando el quehacer de la madre fracasa en este aspecto, de nuevo surge como consecuencia la inhibición de la vida instintiva del bebé, a la cual se le suma una reducción de su capacidad de realizar juegos creadores, debida a la dificultad para configurar un espacio potencial (Winnicott, 1971).

El tercer aspecto, la capacidad de la madre para identificarse con el bebé -concebido por Winnicott (1965) como el más importante de los tres-, se basa en la empatía y adaptación de la madre hacia las

necesidades de su hijo, las cuales cambian permanentemente, de acuerdo a los movimientos de su personalidad y carácter.

Al principio, esta adaptación de la madre debe tener una correspondencia casi exacta con las necesidades del bebé, para que la personalidad de éste pueda desarrollarse sin demasiadas complicaciones y pueda pasar de un estado de no organización a un estado de organización. No obstante, después del primer año de vida, el nivel de adaptación puede ser menor, pues el bebé cuenta con cierta capacidad para tolerar las características de la madre y logra cierta independencia en relación con las dificultades que esta última puede presentar (Ibíd.).

Según Winnicott (Ibíd.), de la capacidad que tiene la madre para identificarse dependen, en gran parte, los dos primeros aspectos: la disponibilidad y la seguridad. Si una madre no se identifica con su hijo, será muy difícil que pueda estar ahí para él, por un lado; y que se esmere en generarle seguridad, por el otro.

De hecho, la importancia de esta última capacidad es tal, que Winnicott (Ibíd.: 66-67) llega a manifestar lo siguiente: “En condiciones favorables corrientes (*que tienen que ver con la estrecha identificación de la madre con el hijo y, más tarde, con el interés mancomunado de ambos progenitores*), el niño se vuelve capaz de demostrar una tendencia innata a la integración” (La cursiva es mía; los paréntesis son del autor).

Ahora, ¿qué fallas podrían encontrarse en términos del quehacer suficientemente bueno de la madre, descrito en los últimos párrafos de este apartado? Winnicott (Ibíd.) menciona dos tipos de trastornos en la preocupación materna primaria, que, dependiendo de su gravedad, pueden afectar seriamente el desarrollo del bebé. El primero, es el que tienen aquellas madres cuyos intereses son tan compulsivos que no los pueden abandonar y priman sobre los del bebé. El segundo, es el de las madres que están permanentemente preocupadas por algo, lo cual lleva a que el bebé se convierta en su preocupación patológica.

En una relación madre-bebé en la que no se presentan fallas significativas, la madre le presta su *self*⁵ al niño durante un tiempo para protegerlo y ayudarlo a entender sus experiencias externas e internas.

⁵ Winnicott (1960) comprende el *self* como el resultado de la reunión entre un *self* verdadero y un *self* falso, que, a su vez, tienen que ver con “una parte central y dotada de energía por los instintos” y con “una parte vuelta hacia afuera y relacionada con el mundo” (:183). El *self* verdadero nace de las funciones corporales, está estrechamente vinculado con la

Luego, con el paso del tiempo, comienza a recuperar el interés en sí misma y se va separando del bebé en la medida en que éste cuenta con las capacidades para tolerar dicha separación, que “equivale a una suerte de destete” (Ibíd.: 30). Cuando se presenta el primer tipo de trastorno -el de las madres con intereses compulsivos- lo que sucede con este proceso es que la madre no puede “destetar” al niño porque “éste nunca la tuvo realmente” (:30). Por su parte, cuando se presenta el segundo trastorno -el de las madres permanentemente preocupadas-, la madre se identifica con su hijo por un tiempo demasiado prolongado, y, además, pasa de manera violenta de la preocupación por el bebé, a la preocupación por sí misma (por la que se encontraba afectada previamente). En palabras de Winnicott, en este segundo trastorno la madre “no puede destetarlo [al bebé], o tiende a hacerlo de forma demasiado brusca y sin tener en cuenta la necesidad que se va desarrollando gradualmente en el niño de ser destetado” (:30).

Finalmente, Winnicott hace referencia a un tercera falla o dificultad que puede darse en la madre o en ambos progenitores: aquellos que tienen reacciones impredecibles, o, que, en sus propias palabras, presentan “oscilaciones maníaco-depresivas en el estado de ánimo” (Ibíd.: 102). Con tales oscilaciones, el bebé se ve obligado a convertirse en un observador constante, capaz de predecir las repuestas de sus padres, predicción que, para este autor, resulta patológica:

En dirección de la patología, se encuentra la predecibilidad, que es precaria y obliga al bebé a esforzarse hasta el límite de su capacidad de previsión de acontecimientos. Ello provoca una amenaza de caos, y el niño organiza su retirada, o no mira, salvo para percibir, a manera de defensa. El que es así tratado crecerá con desconcierto en lo que respecta a los espejos y a lo que estos pueden ofrecer (1971: 149).

Si la madre tiene alguna de estas fallas y su actitud materna no es lo bastante “buena”, el niño se convierte en un conjunto de reacciones frente a los choques del mundo externo e interno y su verdadero *self*, o no llega a formarse, o se distorsiona (queda oculto tras un falso *self*). Por el contrario, si la madre puede llevar a cabo un “quehacer suficientemente bueno” y no tiene gravemente alterados los aspectos mencionados anteriormente, el bebé tiene la posibilidad de iniciar un proceso de desarrollo “personal y real”, que lo llevará de la dependencia absoluta a la autonomía (Winnicott, 1965).

idea del “proceso primario” y contempla todos los detalles que implica la experiencia de estar vivo. Por su parte, cuando hace parte de un desarrollo psíquico sano, el *self* falso surge con el objetivo de ocultar al *self* verdadero, o de encontrar una manera en la que éste pueda vivir.

Después de haber realizado algunas inferencias sobre el tipo de objetos que Iván configuró en su mundo interno, sería interesante preguntarse ahora cuáles fueron las características de sus objetos externos, o, en términos de Winnicott, de su ambiente. La respuesta a esta pregunta -configurada a partir de las introyecciones realizadas por Iván, lo observado en la transferencia y en las características de los objetos externos hoy en día-, permitirá lanzar algunas hipótesis sobre lo que fue el quehacer de su madre durante sus primeros meses de vida, y sobre la manera en que este último influyó en la configuración de su estructura psíquica.

Retomando los tres aspectos gruesos de los que se deriva el quehacer suficientemente bueno de la madre (la presencia, la seguridad y la capacidad de identificarse), lo primero que se podría plantear al respecto, es que la madre de Iván fue, durante su infancia, una madre presente y disponible. Estuvo dispuesta, con alguna que otra dificultad, a satisfacer sus necesidades urgentes, de la misma manera en que Winnicott (1984) plantea que lo hace la “madre-objeto”. Seguramente, en razón de esa presencia y disponibilidad, fue que Iván pudo introyectar sus partes buenas, que le sirvieron y le sirven hoy en día para sostenerse en momentos de destrucción, ansiedad o dolor.

Pero también, como lo muestran las introyecciones de Iván, fue una madre no segura; una madre que en ocasiones reaccionaba de manera agresiva y que no permitió que Iván pudiera configurar en su interior un sentimiento de seguridad, fundamental para desarrollar la confianza en sí mismo y en los otros. Sin este sentimiento de seguridad Iván inhibió su vida instintiva, lo cual llevó, a su vez, a que se estancara gran parte de su vida de fantasía inconsciente (encargada de representar mentalmente a los instintos), estancamiento que se mantuvo a lo largo del tiempo.

Aunque por algunos momentos la madre de Iván logró conectarse con sus necesidades psíquicas e identificarse con él, fue una madre que en muchos otros momentos tuvo dificultades para lograrlo, en parte, porque su atención se hallaba puesta en el padre, un padre ausente del hogar, con problemas con el alcohol, y que no pudo ser un soporte para su maternidad.

En ese sentido, es posible pensar que se trató de una madre “permanentemente preocupada” que se identificó demasiado tiempo con su hijo (en sus luchas contra el padre, por ejemplo), pero que cada tanto y sin darle aviso, se volvió bruscamente hacia su relación de pareja, por las ansiedades que sus encuentros y desencuentros le generaban.

Por último, ambos progenitores, pero sobre todo el padre, parecen haber sido unos objetos externos impredecibles y con oscilaciones fuertes en sus estados de ánimo, lo cual llevó a que Iván buscara predecir y controlar sus reacciones y, por extensión, las de cualquier otro objeto.

Fantasía, realidad y pensamiento

La diferenciación entre fantasía y realidad implica un proceso lento en el que la mente del niño aprende a distinguir entre el deseo y el acto -entre los hechos exteriores y los sentimientos sobre los mismos-, y en el que se consolida y se desarrolla el pensamiento. El proceso depende, principalmente, de dos elementos: la intensidad de los instintos que son representados en la fantasía, y los períodos evolutivos alcanzados (Isaacs, 1948).

A continuación, profundizaré en el segundo de estos elementos para tratar de aclarar cuáles son los períodos más importantes, qué aspectos los caracterizan y qué tan diferenciadas están la fantasía inconsciente y la realidad en cada uno de ellos. Así mismo, intentaré comprender en qué momento evolutivo surge el pensamiento, y cómo es que se consolida. De nuevo, retomaré ideas de Isaacs (Ibíd.) y Segal (1965 y 1994), y las complementaré con los planteamientos de Wilfred Bion (1962a y 1962b).

Según Isaacs, los primeros días y semanas de vida (entendidos por mí como el primer período evolutivo) están caracterizados por la vivencia de “experiencias positivas” (1948:47), en las que la sensación y el afecto lo llenan y lo determinan todo, y las cualidades corporales concretas no se distinguen de las percepciones externas. Es un momento en el que el bebé no tiene noción alguna del mundo externo. En este período la vida de fantasía se compone, básicamente, de “alucinaciones” que ayudan a postergar la descarga motriz inmediata. Sin embargo, aunque la omnipotencia esté en su apogeo y no exista noción del mundo que hay afuera, desde ese entonces se da una interacción con la realidad, que sucede de dos maneras distintas. Por un lado, el mundo externo fuerza al bebé a que le preste atención (con los estímulos provocados por el nacimiento, la respiración y la mamada inicial, y las experiencias de frustración y gratificación); y por el otro, la mente del bebé, sin esperar a que el mundo externo se imponga, se pone en contacto con la realidad, empujada por la intensidad de las sensaciones y afectos que la llevan a expresar de algún modo sus deseos e impulsos. Como resultado de ambas formas de interacción, las fantasías omnipotentes y alucinaciones caen o desaparecen y se presentan sutiles cambios de comportamiento en el bebé (llanto, movimientos de búsqueda e intranquilidad, movimientos apropiados cuando llega el pezón), considerados como las primeras adaptaciones a la realidad.

Después de este período inicial, y más o menos hacia los dos meses de edad, entra el que podría considerarse como el segundo período evolutivo importante. En él, las experiencias de gratificación y frustración logran disminuir considerablemente la omnipotencia de la fantasía y consolidar la noción de realidad externa en el bebé, noción que comienza a influir en sus experiencias psíquicas y mentales. De la mano de lo anterior, los elementos visuales de la percepción -y las imágenes que les corresponden- empiezan a predominar sobre los elementos somáticos, característicos de las “experiencias positivas”. Esta primacía, ayuda a establecer una diferenciación significativa entre los mundos interno y externo y, gracias a ella, lo corporal de la experiencia de la percepción sufre una represión. Así, lo que queda son únicamente imágenes, desprovistas de emoción e independizadas de las “ataduras corporales”. Se trata de representaciones mentales de objetos externos, reconocidos por el bebé como tales: “Se `nota´ que los objetos están fuera de la mente, pero sus imágenes están `en la mente´” (Ibíd.: 104).

Un tercer período evolutivo se erige cuando, al tener la noción de realidad externa consolidada, el bebé se embarca en la tarea de examinar el mundo externo a través de juegos exploratorios en los que sigue expresando sus fantasías, y gracias a los cuales expande y aumenta su conocimiento. Según Isaacs (Ibíd.), estas exploraciones y todo el aprendizaje que traen consigo, están basadas en impulsos orales, que hasta el momento han sido los dominantes en la vida del bebé. Dichos impulsos -relacionados con la primera búsqueda del pecho y con los movimientos de la mano y de la boca para tomarlo- se desvían gradualmente hacia otros objetos distintos, y van dando paso lentamente a las manos y a los ojos, hasta que estos últimos adquieren independencia total de la boca como instrumento de exploración.

Finalmente, en un cuarto período evolutivo, surge el juego imaginativo del niño (que puede observarse claramente entre los dos y siete años de edad), en el que se crean situaciones prácticas que exigen y promueven un conocimiento mucho más amplio del mundo externo. Estas situaciones son buscadas a menudo por el niño, ya que son problemas de aprendizaje y comprensión que pueden llevarlo a “verdaderos descubrimientos de hechos externos o a juicios y razonamientos verbales” (Ibíd.:108). En este juego lo que hace el niño es recrear, selectivamente, algunos elementos de situaciones pasadas en las que necesidades emocionales o intelectuales actuales se encuentran involucradas, y adaptar los detalles a la situación presente del juego. Con lo anterior, el niño fortalece su capacidad para crear hipótesis constructivas y para anticipar sus consecuencias.

Sobre este interjuego entre fantasía y realidad planteado por Isaacs (Ibíd.), Hanna Segal (1994) hace unas comprensiones posteriores que considero importante retomar. Según Segal, la fantasía es “una hipótesis de deseo que constantemente se contrasta con la realidad” (:45). Esto sucede cuando se ha presentado un desarrollo sano, en el que las fantasías omnipotentes han cedido y el deseo ha permanecido como tal -como deseo- en vez de convertirse en un delirio. En estas condiciones, el niño tiene la capacidad de percatarse de que existe una realidad diferente de su fantasía y, en consecuencia, pone a prueba esta última. Lo anterior, le permite formarse una imagen del “objeto real” y diferenciarlo del “objeto alucinado”, proceso en el cual el niño reconoce las características reales de este último, tanto buenas como malas.

Ahora, para que el niño pueda lograr tal reconocimiento de la realidad exterior, paralelamente debe ir consiguiendo un reconocimiento de su realidad interior, es decir, de sus propias fantasías y deseos. Y esto, a su vez, se hace posible, sólo si el niño puede tolerar la espera o la separación que existe entre el deseo y su correspondiente satisfacción.

¿Cómo se ponen a prueba las hipótesis de deseo en la realidad? Segal (Ibíd.) plantea que existen tres posibilidades: la primera de ellas es mediante la percepción; la segunda mediante la acción: “llorar cuando se tiene hambre, morder cuando se siente rabia, atraer la atención y el amor mediante una sonrisa, etc.” (:46); y la tercera mediante la experimentación sin pasar por la acción o “test experimental”. En esta última opción -en la que Segal centra su atención-, lo que hace el niño es plantearse preguntas del tipo: “¿Qué sucedería si...?” o “¿qué pasaría si?”, creando un mundo que esta autora ha denominado “un mundo ‘como-si’”, el cual es la base de la imaginación, del pensamiento flexible y de la acción racional.

Tal proceso de poner a prueba las fantasías en la realidad está totalmente relacionado con lo que Hanna Segal (1965) concibe como pensamiento; en últimas, es el proceso mediante el cual surge el pensamiento. En términos de esta autora:

Desde muy temprano el bebé sano tiene alguna conciencia de sus necesidades y de su capacidad para comunicarlas a su madre. Desde el momento mismo en que comienza a interactuar con el mundo externo, pone a prueba sus fantasías dentro de un marco de lo real. Quisiera sugerir que el origen del pensamiento radica en este proceso de puesta a prueba de la fantasía frente a la realidad; vale decir que el pensamiento no sólo contrasta con la fantasía sino que se basa en ella

y se deriva de ella [...] Sería ingenuo suponer que el bebé aprende a pensar sobre la realidad prescindiendo de sus fantasías. Por el contrario, se aproxima a la realidad “armado”, por así decirlo, con las expectativas que le ha forjado su fantasía inconsciente. Al ponerlas a prueba en la realidad, poco a poco aprende cuáles de tales expectativas son aplicables y qué modalidades de su propio funcionamiento le permiten abordar la realidad (Ibíd.:72 - 73).

Para Segal (Ibíd.), esta descripción del pensamiento está estrechamente relacionada con aquella que hace Wilfred Bion (1962a). Según este autor y psicoanalista neo-kleiniano, el pensamiento surge a partir de la unión de una pre-concepción⁶ con una realización⁷ de un no-pecho⁸; o, dicho de otra manera, a partir de la unión de una pre-concepción con una frustración. De acuerdo a lo planteado por Segal, la pre-concepción de Bion equivale a las fantasías inconscientes del bebé a las que ella hace referencia, y la frustración o la realización del no-pecho, a lo encontrado por el bebé (algunas veces) en la puesta a prueba de dichas fantasías en la realidad.

¿De qué depende que la unión o conjunción entre una preconcepción y un no-pecho dé lugar a un pensamiento? Según Bion (Ibíd.), depende de que el bebé pueda tolerar la frustración que la ausencia de pecho o el no-pecho le genera. Pero la tolerancia a la frustración no se presenta sólo en positivo o en negativo. Desde la perspectiva de Bion, existen tres posibilidades en cuanto al manejo de la frustración se refiere, que mencionaré a continuación.

En la primera posibilidad, la intolerancia del bebé frente a la frustración es tan intensa, que este último pone en actividad mecanismos de evasión mediante los cuales intenta desembarazarse de la mala experiencia, constituida en objetos malos internos: “Lo que debería ser un pensamiento, un producto de la yuxtaposición de una preconcepción con una realización negativa, se transforma en un objeto malo, indistinguible de la cosa-en-sí-misma, adecuada sólo para ser evacuada” (Ibíd.: 154). Dichos mecanismos tienen que ver principalmente con la identificación proyectiva⁹, que se usa de manera

⁶ Bion entiende la preconcepción como análoga al concepto de “pensamientos vacíos” de Kant. Se trata de un estado de expectativa del bebé, de un conocimiento innato, o de una disposición *a priori*, que luego es confirmado o no por una realización (López, 2002).

⁷ Por su parte, la realización consiste en “llevar a [cabo] una existencia real o concreta, o concretizar algo” (Ibíd.: 277).

⁸ Siguiendo a Melanie Klein, Bion concibe el no-pecho como una ausencia de pecho, o, puesto en otros términos, una realización negativa. Dicha ausencia es, a su vez, una presencia, en la medida en que genera la existencia de un pecho malo en el mundo interno del bebé, como entidad psíquica opuesta al pecho bueno o al pecho que satisface (Ibíd.).

⁹ Igual que sucede con el no-pecho, Bion retoma el concepto de “identificación proyectiva” de Melanie Klein (1946), para quien se trata de un proceso mediante el cual el bebé proyecta dentro de la madre partes escindidas del yo, lo cual le permite controlarla y tomar posesión de ella. Sin embargo, Bion (1962a) aclara que, desde su perspectiva, la identificación proyectiva puede funcionar de dos maneras: una es la propuesta por Klein, en la que ésta se implementa de una forma

excesiva en la medida en que aligera la tensión y le genera al bebé una sensación de alivio. Como consecuencia, se conforma una psique que opera basada en un principio de evacuación del pecho malo, y se obstruye el desarrollo de los pensamientos y de la capacidad para pensar.

En la segunda posibilidad, el bebé tiene suficiente tolerancia a la frustración para no llevar a cabo mecanismos de evasión, pero insuficiente para permitir el dominio del principio de realidad. El resultado, es que desarrolla sentimientos de omnipotencia que sustituyen la unión entre la pre-concepción y la realización del no-pecho, es decir, el pensamiento. Estos sentimientos le dificultan la diferenciación entre lo verdadero y lo falso, lo cual lleva, a su vez, a la omnisciencia¹⁰ (Ibíd.).

Por último, en la tercera posibilidad, el bebé posee una alta tolerancia a la frustración que lo ayuda a soportar la ausencia del pecho durante un tiempo, lapso en el cual el no pecho es transformado en pensamiento. Los pensamientos desarrollados en esta tercera posibilidad son llamados por Bion (citado por López, 2002) pensamientos primitivos o protopensamientos, ya que están compuestos por ideogramas¹¹, son inconscientes y tienen un vínculo estrecho con las impresiones sensoriales. Como están tan relacionados con lo sensorial, dichos pensamientos tienen cualidades especiales propias de la acción, que los llevan a cumplir la misma función de la fantasía inconsciente: aplazar las descargas motoras inmediatas que procuran la satisfacción.

Una vez configurados, los pensamientos primitivos deben sufrir un nuevo proceso que, también en este caso, depende de la capacidad del bebé para tolerar la frustración: o son evacuados -si la intolerancia a la frustración es muy intensa-, o son modificados -si el bebé tiene un buen manejo de esta última-. Por ambas vías, evacuación o modificación, el yo puede librarse de lo que es sentido por él como objetos malos representando a un pecho ausente (Ibíd.).

Si el camino que sigue el psiquismo del bebé es la evacuación, sobreviene de nuevo la identificación proyectiva excesiva y los pensamientos primitivos son tratados “como si fueran indistinguibles de las

excesiva, generando una obstrucción en los procesos propios del pensar. La otra, es una identificación proyectiva operada “realísticamente” (:157), que se da en los primeros tiempos de relación de la madre y el hijo, y que se basa en una conducta “calculablemente razonada” (Ibíd.:158) por el bebé o el niño para despertar en la madre los sentimientos de los que desea liberarse.

¹⁰Para Bion (1962a:157), “La omnisciencia substituye la discriminación entre lo verdadero y lo falso, por la afirmación dictatorial de que una cosa es moralmente correcta y otra equivocada”.

¹¹ Los ideogramas son signos que expresan una idea. Según Bion, contienen tanto lo manifiesto, como lo latente (López, 2002).

cosas-en-sí”¹² (Bion, 1962a: 155) y son expulsados a una alta velocidad. Por el contrario, si el camino por el que opta el bebé es la modificación, los protopensamientos tienen la posibilidad de convertirse en pensamientos verbales.

En últimas, pensar es para Bion (1962b) un proceso que se origina en la descarga de la psique del incremento de estímulos a través de la identificación proyectiva realista, con la cual, el lactante logra producir en su madre sentimientos que no quiere o de los que desea desembarazarse. Dichos sentimientos, llamados por Bion Elementos Beta, han sido definidos por él como “hechos no digeridos” (:32), únicamente apropiados para la evacuación.

Si la madre tiene capacidad de *Rêverie* (o ensoñación), es decir, si cuenta con un “estado anímico que está abierto a la recepción de cualquier ‘objeto’ del objeto amado” (:74), entonces es capaz de recibir dichas identificaciones proyectivas del lactante, sean sentidas por él como buenas o como malas. Si la madre no cuenta con esta capacidad, cae sobre el bebé una nueva carga de frustración con la que deberá (y podrá o no) arreglárselas.

En este proceso de identificación proyectiva “realista” los Elementos Beta proyectados por el bebé en la madre son reintroyectados luego por este último, quien siente que, después de su paso por el pecho bueno, tales elementos han sido modificados y son ahora tolerables. Es a esto último a lo que Bion (Ibíd.) llama la función “continente-contenido”, en la que un objeto -llamado por Bion “contenido”¹³- es proyectado en un “continente”¹⁴.

Como resultado de la función continente-contenido, los Elementos Beta pueden transformarse entonces en Elementos Alfa, los cuales son “acumulables” y permiten el surgimiento de los pensamientos oníricos y de los pensamientos inconscientes de la vigilia. Así mismo, tales elementos configuran la “barrera de contacto” que, en un continuo proceso de formación, “marca el punto de contacto y separación entre los elementos conscientes e inconscientes y origina la distinción entre ellos” (Ibíd.:47), y permite diferenciar los estados de vigilia de los estados de sueño.

¹² La cosa-en-sí-misma es definida por Bion como aquello que la mente no puede percibir, como una realidad absoluta de la que no se tiene conocimiento empírico o sensible, pero que podría ser conocida por una intuición intelectual. Se trata de un material que no puede ser transformado en pensamiento, y que sólo sirve para ser evacuado a través de la identificación proyectiva (López, 2002).

¹³ Representado por Bion con el signo ♂

¹⁴ Representado por Bion con el signo ♀

Según Bion, con el paso del tiempo, la función continente-contenido comienza a instalarse en el lactante, dándole la posibilidad de pensar sus pensamientos y de constituir, dentro de él, un aparato para pensar¹⁵.

¿Cómo se dio la interacción entre fantasía inconsciente y realidad en el caso de Iván, y qué sucedió con sus procesos de pensamiento? Cuando se revisa el material clínico a la luz de los conceptos desarrollados anteriormente, se pueden realizar varias inferencias.

Siguiendo lo planteado por Isaacs (1948), se puede decir que hubo ciertos logros, correspondientes a momentos específicos del proceso de diferenciación entre fantasía y realidad, que Iván no pudo alcanzar.

Al no encontrar un ambiente o unos objetos externos primarios seguros y al no tener un sentimiento de seguridad interno, además de inhibir su vida instintiva, Iván limitó sus intentos de interacción con la realidad.

Así, aunque hubo momentos de frustración y satisfacción impuestos por el mundo externo que hicieron que cayeran sus fantasías alucinatorias iniciales y que lo llevaron a desarrollar los primeros gestos y actitudes de adaptación a la realidad (Ibíd.), sus pocas y frágiles fantasías posteriores dejaron de ser puestas en el marco de lo real, impidiéndole configurar una visión realista de sus objetos y diferenciarlos de sus objetos alucinados (Segal, 1995).

De la mano de lo anterior, el mecanismo de identificación proyectiva pareció quedar detenido en Iván (tanto en su funcionamiento realista como en su funcionamiento excesivo), minando esto su capacidad para comunicarse de una manera primaria con su madre y para despertar en ella las emociones o experiencias sensoriales que le causaban malestar y sufrimiento, y de las que deseaba deshacerse.

Dicha disminución de las identificaciones proyectivas pudo ser sentida en la relación que Iván estableció conmigo durante las primeras sesiones del proceso psicoterapéutico, en su tono emocional plano, y en la producción de un material de trabajo escaso y carente de resonancia emocional:

¹⁵ Según Bion, el aparato para pensar es uno de los dos desarrollos psíquicos necesarios (además de la creación de pensamientos) para que se den los procesos propios del pensar. Surge con el objetivo inicial de lidiar con los pensamientos (que se configuran primero) y de reforzar la relación del bebé y el niño con la realidad, y luego se configura en una estructura mucho más compleja que permite lograr niveles altos de abstracción y aprendizaje de la experiencia (López, 2002).

(Había estado hablando de lo malgeniados que eran sus hermanos y sus papás. Luego, se quedó callado por un rato más o menos largo).

I: Ya sé qué quiero estudiar.

T: ¿Sí?, ¿qué te gustaría?

I: Sistemas...

T: ¿Sistemas?

I: (Lo afirma con la cabeza). Aunque también me gustaría trabajar haciendo programas de X-box... y también me gusta la ingeniería...

T: Qué cantidad de cosas...

I: O... ser arquitecto. O futbolista.

T: Fíjate que me has hablado como de cuatro cosas distintas. Pareciera que tienes muchas opciones y que no sabes muy bien cuál escoger. Es como si te sintieras confundido, como si no supieras muy bien por qué camino coger.

I: Mmm...lo que más me gustaría ser es futbolista.

(Hay un silencio largo, de varios minutos).

T: ¿Has soñado algo en estos días en que no nos hemos visto?

I: Sí tuve un sueño, pero no me acuerdo de qué era.

T: ¿Cómo sabes que soñaste, entonces?

I: Porque me acuerdo de una parte, pero no de todo. Era que... Yo estaba en el colegio, y me quitaban el cuaderno.

T: (Silencio).

(Se acaba el tiempo de la sesión y le indico que debemos terminar. Se despide y sale del consultorio).

(Sesión 4).

Sin la posibilidad de tener una comunicación sólida con su madre basada en el funcionamiento de la identificación proyectiva Iván no contó, entonces, con la experiencia permanente de obtener de vuelta sus experiencias sensoriales y sus protopensamientos ya elaborados, lo que, a su vez, obstaculizó la consolidación de un aparato para pensar que le ayudara a tolerar sus cualidades psíquicas y a prepararse para el “pensamiento normal” (Bion, 1962a) y para el pensamiento verbal.

Esta ausencia de pensamiento verbal se pudo observar también en las primeras sesiones, en las que Iván mostraba una real dificultad para expresar en palabras lo que le estaba sucediendo:

(Empezamos la sesión).

T: Hola, Iván, ¿cómo has estado?

I: Estudiar... (Sonríe y me mira).

T: ¿Cómo es eso de estudiar?

I: Que me ha tocado estudiar mucho... (Silencio). Ah... y mi mamá me regañó el otro día... (Se queda callado por varios minutos).

T: ¿De qué te gustaría que habláramos hoy?

I: (Me mira un rato más, pero no dice nada). A ver... (Mueve la cabeza y el cuerpo como si estuviera pensando. Mira hacia abajo y me vuelve a mirar). No sé... (Nos quedamos callados como 3 o 4 minutos).

(Sesión 4).

De otro lado, las vicisitudes en la comunicación primaria entre Iván y su madre llevaron a que Iván no pudiera establecer sólidamente una barrera de contacto, lo cual llevó a que, en ocasiones, le fuera difícil diferenciar entre sus estados de vigilia y sus estados de sueño.

Los siguientes fragmentos de sesión muestran algo de esta confusión. En el primero de ellos, Iván hace referencia a *Matt* -el joven protagonista de una película con el que parece identificarse- a quien algunos personajes de su sueño se le han convertido, de repente y mientras duerme, en personajes reales. Por su parte, en el segundo fragmento (que retomaré nuevamente en el cuarto momento de la psicoterapia), Iván narra dos experiencias que ha tenido recientemente en las que, claramente, no sabe si está dormido o está despierto:

I: El otro día estábamos viendo tv con mi hermana y ella quería poner un canal, y yo la película del tiburón y fuego. Y me la dejó poner al final.

T: ¿De qué se trata la película?

I: Matt está soñando con Tiburón y Fuego. Y de pronto ellos se salen del sueño y se vuelven de verdad. El tiburón se mete en el agua y una culebra de esas que electrocutan lo coge, y entonces Fuego se mete al mar y lo recoge y lo salva. Después Tiburón lleva a Fuego a un volcán y lo tira, eso explota y Fuego revive. El que está soñando escribe en un diario todas las cosas que le pasan, pero después no sabe que fue él el que las escribió y entonces otra persona lo lee y se apropia de eso. Se lo roba y él después pelea por esas cosas que escribió. Y hay una parte en la que llueven cerebros del cielo. Y después se juntan el Agua, el Fuego y dos más como en una cruz... Cuando Matt se despierta, está en el colegio. (Se ríe).

T: Pareciera que a Matt le pasa lo mismo que a ti, que a veces ese sueño te coge y como que ya no sabes más del mundo.

I: Sí. Y cuando se despierta hay un huracán que se está llevando a los papás. Primero se lleva a la señora y luego al papá. (Se ríe de nuevo).

T: A veces es rico que a los papás se los lleve el viento, esos papás que lo regañan a uno, que lo molestan, a los que uno tiene que hacerles caso.

(Sesión 21).

(Se encontraba diciéndome que últimamente le ha vuelto a ir mal en el colegio y que la profesora no le corrige bien los exámenes, lo cual le da rabia. Hay un corto silencio, y luego, continúa hablando).

I: Yo casi nunca me acuerdo de los sueños que tengo.

T: ¿Cómo es eso?

I: Pues que cuando me acuesto tengo sueños, pero después me despierto y no sé qué fue lo que soñé.

T: ¿Cómo sabes que soñaste, entonces?

I: Pues lo siento... (Silencio). ¿Usted sabe si cuando uno se sueña algo, eso se puede volver realidad?

T: ¿Te preocupa que lo que sueñas se pueda volver realidad?

I: Es que el otro día estaba en mi cuarto, metido en mi cama. Y cuando miré la cobija... ¡ufff! Parecía que hubiera un vampiro...y me estaba como mirando... Y yo dije: ¿será que de verdad está ahí?... Y me asusté... Pero volví a quedarme dormido... Y después, otro día, pensé que estaba teniendo un sueño, pero no lo tuve...

T: ¿Quieres contarme?

I: Yo pensé que me estaba soñando que mi papá llegaba a la casa y peleaba con mi mamá por una plata que él había dejado ahí en un sitio, y que ya no veía. Y entonces mi mamá le decía que la plata estaba sobre la mesa. Pero luego me desperté y mi papá sacó la plata de la misma mesa que mi mamá dijo en el sueño... Entonces no me lo soñé, ¿sí?... (Se queda callado unos segundos y luego continúa). El otro día que fuimos a la casa de una tía, había un libro para saber qué quieren decir los sueños.

T: ¿Y lo miraste?

I: Sí.

T: ¿Y qué te encontraste?

I: Por ejemplo si uno se sueña con un muerto, después al día siguiente se muere alguien.

T: ¿Sí?

I: ¡A mi mamá le pasó una vez eso! Se soñó con un bebé que se moría y luego al día siguiente se murió el hijo pequeño de una amiga.

(Sesión 32).

Los momentos de frustración impuestos por la realidad seguramente ayudaron a que en la mente de Iván se configuraran algunos pensamientos primitivos o protopensamientos, pero pareciera que su psiquismo -con una tolerancia a la frustración insuficiente- tendió a reemplazar la unión de las preconcepciones y las frustraciones por la omnipotencia. Tal omnipotencia -que, como algunos otros aspectos se hizo evidente al iniciar el proceso psicoterapéutico- terminó por establecerse ampliamente en su psiquismo:

(Nos encontramos hablando sobre su tía, la mamá de la prima de quien abusó sexualmente).

I: Y Gloria llamó el jueves a mi mamá para invitarla a ella, a mis hermanitos y a mi papá a un almuerzo. Y le dijo a mi mamá que no quería que yo fuera. (Habla mirándome y sonriendo al tiempo).

T: ¿Qué sentiste cuando tu mamá te contó eso?

I: Pues que ¡Suerte!... ¡No me importa!... (Sonríe de nuevo).

T: Debe ser triste para ti que inviten a toda tu familia y a ti no. Y de pronto, en el fondo, te preocupa que tu tía esté muy mal por lo que pasó.

I: Pues yo no sé... a veces me pone triste. Pero igual, yo ya sé que me voy a ir a estudiar mi carrera afuera, a Japón... Cuando esté allá ya no me va a importar.

T: Allá no te vas a tener que enterar de nada, es como si uno se tapara los ojos para no ver. A veces hay cosas tan tristes que es mejor hacer eso, irse, o taparse los ojos.

(Sesión 16).

(Nos encontrábamos hablando del momento en el que le contó a su papá la noticia de que no perdía el año si se cambiaba de colegio).

T: Como que ya todo pasó, estuviste muy cerca de meterte en problemas pero ya todo está bien otra vez y sientes que no hay de qué preocuparse.

I: (Mueve afirmativamente la cabeza, sonriéndose).

T: La vez pasada estabas bastante preocupado porque te diste cuenta de que lo que estaba sucediendo era grave, y hoy ya estás riéndote.

I: (Sigue sonriendo, sin decir nada).

T: ¿Sabes qué creo? que aunque te estás sonriendo, también estás triste y preocupado porque lo que pasó va a tener consecuencias. De pronto te da miedo que te toque irte del colegio, que dejes de ver a los amigos con los que ha estado todo este año, que en el nuevo colegio ya no tengas cerca a la gente que te ha apoyado...

I: De todos modos yo soy amigable, no amargado, y voy a conseguir amigos sin problema.

(Sesión 19).

Finalmente, con unos procesos de pensamiento frágiles y con una vida de fantasía en parálisis, para Iván comenzó a ser difícil postergar la satisfacción en las situaciones de tensión, lo que llevó a su psiquismo a efectuar, en algunas ocasiones, descargas motoras inmediatas.

Una descarga motora inmediata -o, en términos de Bion, una evacuación de elementos beta- parece haber sido el abuso sexual hacia su prima pequeña, frente al cual lo único que Iván logró manifestar en la primera sesión fue lo siguiente:

I: Yo me bajé los pantalones y pasó lo que tenía que pasar. Yo no la forcé.

Fantasía y simbolización

El vínculo entre fantasía y simbolización es largo y bastante estrecho. Abarca todo el proceso de consolidación de la simbolización que va desde la elaboración temprana de “identificaciones” (Klein, 1930) o “equiparaciones simbólicas” (Segal, 1980), hasta la construcción de símbolos complejos. En este proceso, el carácter y las funciones de la simbolización se van modificando, en la medida en la que varía el carácter del yo y de las relaciones objetales.

De acuerdo a lo planteado por Isaacs (1948), dicho proceso inicia en el tercer período evolutivo mencionado en el apartado anterior, en el cual el bebé comienza a dirigir su atención hacia objetos externos distintos del pecho de la madre para explorarlos y conocerlos, primero con su boca y luego con sus manos. Es en este momento en el que se realizan las identificaciones que, para Klein (1930), consisten en la equiparación de las partes del cuerpo de la madre (objetos parciales) con los objetos externos que rodean al bebé.

¿Por qué hace el bebé dichas equiparaciones? Según Klein, el bebé se encuentra en este momento de su vida en el punto máximo de su sadismo que, “inicia con el deseo oral-sádico de devorar el pecho de la madre (o toda ella) y desaparece con el advenimiento de la primera etapa anal” (Ibíd.: 224). Impulsado por este deseo oral-sádico y con ayuda de la fantasía, el bebé realiza fuertes ataques al pecho materno, que luego le producen una gran angustia. Su temor principal, es el de ser castigado o recibir una venganza de aquel a quien le hizo daño. El objeto representa para él una “fuente de peligro” (: 225).

Así que el bebé se ve en la necesidad de comparar el pecho de la madre -el objeto por excelencia hasta este entonces- con otros objetos del mundo externo que, en este nivel del desarrollo, su percepción ya le permite captar. Haciendo estas comparaciones, puede movilizar y distribuir su angustia y apartarse, de alguna manera, de aquello que lo aterroriza. Sin embargo, una o dos comparaciones no son suficientes. Los cambios y movimientos de un objeto a otro deben ser permanentes, pues, en la medida

en que todos estos nuevos objetos representan al pecho, se convierten, poco a poco, en objetos de angustia. Como consecuencia, el bebé adquiere un interés particular hacia el mundo y sus acontecimientos, y fortalece su conocimiento sobre la realidad: “A medida que el yo va evolucionando, se establece gradualmente a partir de esa realidad irreal una verdadera relación con la realidad” (Ibíd.: 226).

El éxito del anterior proceso depende, según Klein, “del equilibrio óptimo entre los factores en juego” (Ibíd.: 218) que, en este caso, son dos: la cantidad de angustia a la que debe hacer frente el bebé y su capacidad para tolerarla. Aunque, como dice Klein, “una cantidad suficiente de angustia es una base necesaria para la abundante formación de símbolos y fantasías” (: 219), la cantidad de angustia no debe ser tan alta como para abrumar al yo. De otro lado, una cantidad moderada de angustia no puede hacer nada por sí misma, si el yo no tiene una capacidad mínima para tolerarla y elaborarla satisfactoriamente.

Una de las dificultades que puede presentar el yo cuando no tiene capacidad para tolerar la angustia es plantear una defensa excesiva contra el sadismo, la cual obstaculiza el establecimiento de una relación con la realidad y el desarrollo de la vida de fantasía. El bebé deja de explorar el cuerpo de la madre y el mundo exterior de una manera “sadística” (Ibíd.: 237) y, en cuanto se frenan sus exploraciones, se frenan también sus procesos de identificación o de relación simbólica con las cosas. Como consecuencia, sobreviene una falta de afecto y angustia que se convierte en una especie de “retraimiento”.

Complementando lo planteado por Klein, Hanna Segal (1980b) manifiesta que el proceso de simbolización completo (incluyendo tanto las identificaciones como los símbolos más complejos) se logra entender más fácilmente, si se parte primero de la comprensión del tipo de relaciones que el yo tiene con sus objetos y su modificación gradual. Según Segal, dependiendo de cómo se den estas relaciones, el yo configura uno u otro tipo de formación simbólica.

En el enfoque psicoanalítico de relaciones objetales se pueden clasificar las relaciones de objeto en dos grandes categorías que contienen, cada una, un conjunto de ansiedades, defensas, fantasías y formas de sentir específicas. Se trata de la posición esquizoparanoide (1946) y la posición depresiva (1932), ambas acuñadas y desarrolladas por Melanie Klein (Steiner, 1994).

Aunque la posición esquizoparanoide es anterior a la posición depresiva e implica, en términos evolutivos, unos rasgos más primitivos, ambas posiciones guardan entre sí una relación dinámica; es

decir, permanecen en un movimiento continuo a lo largo de la vida, en el que ninguna de las dos predomina, ni tiene un mayor grado de “completud” (Ibíd.). Tal aspecto dinámico ha sido resaltado especialmente por Wilfred Bion (1963), para quien la permanente interrelación entre las posiciones esquizoparanoide y depresiva genera una situación en la que, “ciertos elementos que aparentemente no están relacionados, y que están asociados con sentimientos de persecución, se unen en un todo integrado asociado con sentimientos de depresión” (:58). Se trata, ante todo, de un mecanismo, que Bion llama “oscilación entre la posición esquizoparanoide y depresiva”, y que representa con el signo $Ps \longleftrightarrow D$.

La posición esquizoparanoide es concebida como un estado mental en el que dominan las angustias y ansiedades de tipo persecutorio, y en el que el yo hace uso de defensas primitivas como la escisión, la identificación proyectiva y la idealización. En este estado, el objeto no se percibe como una persona total sino que es visto como las partes fragmentadas del cuerpo de esta persona (el pecho, las manos, el rostro), con las que el yo, pobre y primitivo para este momento, tiene experiencias o gratificadoras o frustrantes, o buenas o malas. La exclusión entre un tipo y otro de experiencias se da a tal punto, que el objeto es radicalmente dividido por el bebé en un objeto interno bueno y un objeto interno malo, ambos incompatibles. Por extensión, el yo también se encuentra dividido (Steiner, 1994).

En términos del proceso de simbolización, lo que prima en este estado mental esquizoparanoide son las identificaciones planteadas por Melanie Klein, a las que Hanna Segal (1980b) prefiere nombrar “equiparaciones simbólicas”. Y prefiere nombrarlas de esta manera, ya que una de sus principales características es que el yo no siente que los objetos que representan al pecho sean eso, representantes o “sucedáneos” (:81); el yo los siente como el objeto originario mismo -como objetos concretos- y los trata como tal: a través de la destrucción y aniquilación si es un objeto “malo”, y a través de la idealización y la preservación si es un objeto “bueno”. ¿Por qué? Segal menciona dos razones que se encuentran detrás de este proceso de “concretización”. Por un lado, hace referencia al funcionamiento continuo de la identificación proyectiva (excesiva), en el que, como ya se mencionó anteriormente, el sujeto proyecta partes de sí mismo y de sus objetos internos sobre el objeto externo. Lo anterior, lleva a que desaparezca la diferenciación entre el sí-mismo y el objeto y, en consecuencia, la diferenciación entre el símbolo (considerado como una creación del yo) y el objeto simbolizado.

De los procesos de identificación primaria se desprende la formación de símbolos, que consiste en el establecimiento de una relación entre lo simbolizado (el objeto), un símbolo y un yo, y que tiene la misma base a la que se refirió Klein en las identificaciones primarias: las angustias suscitadas por la

relación con el objeto, ya sea por el temor a los objetos malos, o por “la pérdida e inaccesibilidad de los objetos buenos” (Ibíd.:80).

Sin embargo, una de las principales diferencias entre las equiparaciones simbólicas y la formación de símbolos, es que esta última ocurre en la posición depresiva. En ella, los objetos son percibidos por el yo como totales (como personas y no como partes del cuerpo; como gratificadores y frustradores a la vez), y se siente hacia ellos impulsos ambivalentes, es decir, de amor y de odio. Estos cambios hacen que el yo tenga una mayor capacidad para integrar las experiencias y transforman la preocupación por su supervivencia en preocupación por el objeto, del cual el yo siente que depende; el yo desarrolla sentimientos de pérdida y culpa frente al objeto, que se transforman en deseos de repararlo y recrearlo. Como manifiesta Segal, “Al yo le interesa cada vez más poner al objeto al resguardo de su propia agresión y posesividad, y ello implica que debe inhibir en cierta medida las metas instintivas directas, tanto agresivas como libidinales” (Ibíd.: 84).

El anterior es un terreno fértil para la formación de símbolos, pues estos últimos pueden ser bastante útiles en distintos sentidos. En primera instancia, ayudan a desplazar la agresión del objeto original a otros objetos, disminuyendo la culpa y el temor a perderlos: “La meta de este desplazamiento es salvar al objeto, y la culpa que al respecto se experimenta es mucho menor que la debida a un ataque contra el objeto original” (Ibíd.:84). En este caso, distinto de lo que sucede con las “equiparaciones simbólicas”, los símbolos no son lo mismo que el objeto, sino que son sentidos por el yo como creaciones suyas u objetos en sí con unas características propias que se respetan y utilizan, lo cual le otorga al yo una mayor libertad en su uso.

En segunda instancia, los símbolos le permiten al yo restaurar, recrear, recuperar y adueñarse del objeto, que siente como perdido. En términos de Segal, “El símbolo no es empleado para negar la pérdida sino para superarla” (Ibíd.: 86).

Y, finalmente, los símbolos son material para la sublimación: han pasado ya por una cierta inhibición de las metas instintivas requeridas en este último proceso y, entonces, pueden ser “reproyectados” al mundo externo, dándole a éste un significado simbólico (Ibíd.).

Cuando los procesos de formación de símbolos propios de la posición depresiva se ven afectados por alguna razón, cuando existe una permanencia en la posición esquizoparanoide, o cuando se presentan

trastornos esquizoides en distintos momentos del desarrollo evolutivo, la capacidad de comunicación con el mundo externo se ve afectada. Y se ve afectada porque la comunicación externa, en todas sus posibles formas, es efectuada mediante símbolos. Cuando éstos no están, el yo no tiene a su disposición medio alguno para entablar comunicación. Con lo único con lo que cuenta es con equiparaciones simbólicas que, como ya se mencionó, producen temor en tanto son percibidas como el objeto en sí (Ibíd.).

Ahora, los símbolos no sólo sirven para la comunicación externa, sino que son básicos en los procesos de comunicación que se dan en el mundo interno de cada individuo. Cuando se dice que una persona está en contacto consigo misma, con su inconsciente, lo que se está planteando de fondo es que dicha persona, al mismo tiempo que se percata de sus impulsos y sus sentimientos, “tiene una *comunicación* efectiva con sus fantasías inconscientes; y esta comunicación, como cualquier otra, sólo puede efectuarse con ayuda de símbolos” (Ibíd.: 87). En este tipo de personas, como puede esperarse, se da una libre y permanente construcción de símbolos que constituye, para Segal, la base del pensamiento verbal (muchos de estos símbolos son palabras).

Al establecer una comunicación con el mundo interno los símbolos permiten, no sólo tener algún tipo de relación con las fantasías inconscientes, sino integrar deseos, angustias y fantasías pasadas a las experiencias y vivencias actuales, e integrar conflictos no resueltos. Así, se aprovecha esta nueva capacidad adquirida, la de simbolizar, para hacer frente a las angustias surgidas en épocas previas, en las que el yo no pudo ocuparse de ellas por el carácter concreto de sus experiencias con el objeto y porque sólo contaba con equiparaciones simbólicas. Como lo manifiesta Segal, “En la posición depresiva y luego de ella, no sólo se forman símbolos del objeto total destruido y recreado, característico de esta posición, sino también del objeto escindido (extremadamente bueno y extremadamente malo), y no sólo del objeto total sino de los objetos parciales” (Ibíd.:88).

Si en la posición depresiva el yo tiene suficiente fortaleza y es capaz de tolerar todas las nuevas angustias que se hacen manifiestas, podrá integrar una cantidad significativa de situaciones previas abordadas mediante la vía de la simbolización, que lo enriquecerán. De otro lado, si las situaciones de angustia que vive el individuo se hacen apremiantes, aún habiendo alcanzado la posición depresiva, correrá el riesgo de volver a la posición esquizoparanoide y de hacer uso de la identificación proyectiva como defensa, con todas las consecuencias que esto trae. En ese caso, los símbolos ya constituidos adquirirán el carácter de equiparaciones simbólicas (Ibíd.).

Quedan entonces unas últimas preguntas sobre Iván: ¿Cómo se dio en él el proceso de simbolización anteriormente descrito? ¿Realizó equiparaciones simbólicas y estableció una primera relación simbólica con el mundo? ¿Pudo, posteriormente, construir símbolos más complejos?

Lo primero que se podría pensar al respecto, es que Iván desarrolló una defensa excesiva contra la angustia que le producían sus propios impulsos destructivos, que no es otra cosa que la inhibición de la vida instintiva a la que se hizo referencia en apartados anteriores. Bajo el paraguas de esta defensa, Iván dejó de tener angustia manifiesta y limitó sus exploraciones, tanto en el interior del cuerpo de su madre, como en el mundo externo y en su propio cuerpo.

Con los juegos exploratorios reducidos a su mínima expresión, la elaboración de equiparaciones simbólicas nunca se dio en Iván plenamente, lo que le causó una pérdida de interés en el mundo externo y no permitió que su relación con la realidad, afectada ya por la prevalencia de la omnipotencia sobre los pensamientos, pudiera fortalecerse. La pérdida de interés, por su parte, generó en él ausencia de afecto y un cierto retraimiento.

En la psicoterapia, estos últimos dos aspectos pudieron ser sentidos durante varias sesiones, no sólo por la forma plana y carente de emoción con la que Iván solía expresarse, sino también por la manera en que percibía muchas de sus experiencias:

(Comienza la sesión).

T: Hola Iván. Llevamos varios días sin vernos tú y yo. ¿Cómo has estado, cómo te fue en vacaciones?

I: Bien. (Lo dice con una sonrisa y se queda callado unos segundos). Esta vez no salí de vacaciones, nos quedamos aquí en la casa, con mi papá y mis hermanos.

T: ¿No te ibas a ir fuera de Bogotá?

I: Ah, pues sí, estuve en la casa de mi abuela unos días, pero al principio; estuve en el Tolima.

T: ¿En qué parte?

I: Un pueblo del Tolima... Y me la pasé sin hacer nada. Dormía, veía televisión, volvía a dormir, a ver televisión. Estaba echado en una silla todo el día. (Me muestra como). Allá no hay nada que hacer. Como yo no conozco a nadie, no tengo amigos allá y entonces no puedo salir...

T: Como que te sentiste aburrido...

I: Sí. Es que cuando uno tiene los amigos cerca sale al barrio, hace cosas con ellos, o por lo menos juega x-box, pero así, sin hacer nada... (Se queda en silencio).

(Sesión 22).

Pero la ausencia de afecto y el retraimiento no fueron las únicas consecuencias del frágil universo de equiparaciones simbólicas de Iván. Este último también ocasionó un empobrecimiento del desarrollo

posterior de símbolos e impidió, en cierto modo, que Iván disfrutara de una relación simbólica con las cosas.

Tal empobrecimiento fue sentido en algunos momentos del proceso psicoterapéutico, en los que Iván se rehusaba a utilizar cualquier material de juego ofrecido por mí para recrear sus emociones y experiencias (plastilina, una grabadora para oír música, colores y papel e imágenes de personajes del *anime* que solían gustarle):

(Había hablado de un regaño reciente de sus papás, y ahora se encontraba en silencio).

T: Traje hoy las cosas para que hagamos a Naruto¹⁶. ¿Te acuerdas que habíamos hablado de eso?

I: Ay, sí, pero es que no he podido bajar el dibujo de internet (para copiarlo). El jueves estuve en el sitio de internet que hay cerca a la casa y me gasté 45 minutos. Luego al otro día fui y me gasté 10 minutos, porque mi hermana me dijo que la acompañara. Y luego dejé la hojita donde le dicen a uno el tiempo que le queda y la clave para entrar. El domingo iba a ir, pero fui a jugar fútbol y después se me hizo tarde. (Se ríe con todo esto). El miércoles lo traigo.

(Sesión 21).

La carencia de símbolos en la vida interna de Iván debilitó, aún más, su comunicación con el mundo externo y, por supuesto, su comunicación interna. En este último caso, conflictos pasados de sus relaciones objetales no pudieron ser integrados y elaborados en las situaciones actuales.

LA PSICOTERAPIA DE IVÁN

Luego de haber profundizado en el concepto de fantasía inconsciente y su relación con otros procesos psíquicos y de haber delineado un conjunto de hipótesis sobre lo que sucedió con Iván cuando era pequeño, me concentraré ahora en tratar de mostrar cuál fue el proceso psicoterapéutico que desarrollé con él y de qué manera el despliegue de su vida de fantasía inconsciente ayudó a generar unas primeras comprensiones sobre sí mismo y sobre sus objetos.

Para lograrlo, dividiré el proceso completo de la psicoterapia en cuatro grandes momentos. Cada uno de ellos constituye una especie de hito, en la medida en que implica unos cambios importantes en la relación psicoterapéutica, y unos avances -o retrocesos-, también importantes, en el paciente.

¹⁶ Serie de dibujos animados japonesa (*anime*) que narra la historia de Naruto, un adolescente de doce años cuyo sueño es convertirse en ninja Hokage y obtener reconocimiento. Cuando era un recién nacido, el líder de la aldea decidió sellar dentro de Naruto al Zorro de las Nueve Colas, un demonio destructivo y poderoso que arrasó con el pueblo en el que vivía y que mató a muchas personas. Aunque Naruto vivió estigmatizado por mucho tiempo, no supo de la presencia del Zorro en su interior sino hasta cuando se hizo adolescente, y, desde entonces, busca la forma de aprender a convivir con él y de sacarle provecho para ganar sus batallas.

Primer momento: Algo nos agobia...

El inicio de la psicoterapia con Iván fue difícil y confuso. Nuestra relación estuvo marcada, en parte, por una cierta imposibilidad para comunicarnos verbalmente (que se extendió a lo largo de varias sesiones), y, en parte, por la ausencia de un material clínico genuino con el que pudiéramos trabajar.

Los encuentros que teníamos solían estar dominados por largos silencios, que se instauraban después de un breve saludo. En este último, ante mi pregunta de cómo se encontraba, la única respuesta que alcanzaba a esgrimir Iván era: “estudiar”. Se trataba de una sola palabra, sin pronombres ni verbos auxiliares que la acompañaran, sin ninguna frase que le diera contexto.

Durante sus silencios, Iván alternaba entre dos actividades: en algunas ocasiones entraba en una especie de diálogo con ciertas partes de su cuerpo -se levantaba un poco su camisa y se tocaba el abdomen, se revisaba y acariciaba los pelos de su brazo o terminaba luchando contra algún pequeño pellejo de sus dedos-; y en otras tantas me miraba sin descanso, como intentando seguir mis movimientos.

¿Cuál era la razón de estos silencios?, ¿de las miradas escrutadoras que los acompañaban?, ¿de aquellos juegos con el cuerpo? Siguiendo las hipótesis planteadas en el capítulo anterior, es posible pensar que los largos silencios de Iván y su imposibilidad para comunicarse verbalmente conmigo, estaban estrechamente vinculados al hecho de que, hasta entonces, no había podido desarrollar una vida simbólica plena -como lo afirma Segal (1980b), las palabras son ante todo símbolos, y cuando se ha presentado algún obstáculo en el desarrollo de estos últimos, necesariamente la comunicación externa se entorpece-. Pero además, dichos silencios parecían estar relacionados también con sus dificultades de pensamiento que se expresaban, en parte, en la ausencia de pensamiento verbal.

De otro lado, sus constantes miradas permiten sugerir que, para este primer momento, yo era representada en su mente como un objeto con unas características similares a las de sus objetos primarios: persecutor, amenazante e impredecible. Iván sentía, entonces, la necesidad de controlarme, y lo hacía por medio de su mirada; era ese “observador constante” sobre el que escribe Winnicott (1971), que después de haber sufrido las consecuencias de las oscilaciones maníaco depresivas de sus objetos, fuerza su capacidad perceptiva hasta un extremo para tratar de descifrar, a cada momento, cuál es su estado de ánimo y cómo van a reaccionar.

Finalmente, los intermitentes juegos con su cuerpo dejan inferir que, al comenzar el proceso, había en Iván una cantidad importante de material sensorial flotante -seguramente exacerbado por la pubertad- sin elaborar. Dicho material, constituido por elementos beta (Bion, 1963), no había tenido la posibilidad de pasar por el pensamiento y se encontraba allí, en la superficie, a la deriva, listo para ser evacuado.

Los pocos relatos que Iván llevaba a sesión eran planos y carentes de emoción; carencia que seguramente tenía su origen en la inhibición de su vida instintiva y la parálisis de su vida de fantasía. No parecían relatos genuinos, provocados por la necesidad -la necesidad de expresar o de comprender-; sino que eran, más bien, un cierto relleno con el que Iván podía ocupar el incómodo y miedoso espacio terapéutico.

De tanto en tanto Iván hacía referencia a sus objetos, pero con frases cortas y apresuradas que, la mayoría de veces, delataban una **queja**:

(Nos encontrábamos callados. Llevábamos como 3 o 4 minutos así).

I: El viernes mis papás me llevaron a cine... Es la primera vez.

T: ¿Es la primera vez que...?

I: La primera vez que me invitan. Nunca me habían llevado antes. Una vez me lo prometieron, pero no lo hicieron. (Sonríe).

T: Pobre Iván que nunca lo llevan a cine, nunca lo invitan a nada, nunca le toca nada...

I: (Silencio). Yo podría ahorrar plata para ir, pero si mis papás no me han llevado, entonces... paila...

T: ¿Sabes qué me parece curioso? Me dices que podrías conseguir la plata e ir a cine, pero no lo has hecho. Es como si estuvieras esperando que otros hagan las cosas por ti. Casi siempre esperas que las cosas vengan de tus papás.

I: (Se queda callado algunos segundos). Mi mamá me dijo el otro día que yo era envidioso.

T: ¿Y qué piensas tú de eso que te dijo tu mamá?

I: Yo no soy envidioso, aunque a veces un poco... (Sonríe).

T: De pronto sabes, muy en el fondo tuyo, que sientes envidia y sabes que eso te puede traer problemas.

I: (Se queda callado de nuevo)... Igual la plata del cine me la tuve que gastar en otra cosa. (Me mira).

(Sesión 4).

Estos, sus objetos internos primarios (Klein, 1948), eran, tal cual, los primeros objetos forjados por la fantasía inconsciente, sin ningún viso distinto, sin posibilidades de transformación ni de cambio. La relación de Iván con ellos parecía estar mediada por la insatisfacción, y no se asomaba, en el espacio terapéutico, ningún intento o interés alguno por comprenderlos.

Por otra parte, la única pregunta que Iván tenía sobre sí mismo era cómo lo veían los demás, qué lugar ocupaba entre ellos. Solía compararse con los otros y con sus objetos, en una especie de juego en el que, al final, siempre terminaba ganando:

(Se encontraba hablando de algo reciente que le había hecho su hermana, con lo cual se había sentido molesto. Luego, empezó a hablar sobre su hermano).

I: Es que es fastidioso... Uno no puede estar por ahí porque lo molesta... y luego va y le dice a mi mamá...

T: Pareciera que con ninguna de las personas de tu casa estás contento. La vez pasada que nos vimos, me dijiste que con el que mejor te la llevabas era con tu hermano menor, y ahora me estás diciendo que él es fastidioso. ¿Sabes qué creo? Que a veces te sientes confundido, no tienes claras las cosas, no sabes muy bien si ellos te caen bien o te caen mal, no sabes qué es lo que quieres que hagan y qué es lo que no quieres que hagan.

I: (Silencio). Pero yo tengo un primo con el que sí se me la llevo bien.

T: ¿Y quién es tu primo?

I: Es mayor que yo, tiene 17 años. Y también es vago, como yo.

T: Como si tu primo fuera por esos malos caminos de los que hemos hablado.

I: Antes sí iba, pero ya no. (Sonríe). Ahora empezó a estudiar en la universidad. Se parece a mí y por eso me gusta estar con él... No como algunos de mi casa, que son malgeniados... y se ponen bravos aunque uno no haga nada...

(Sesión 4).

(Se encontraba hablando de que a su papá le había ido mal en el trabajo durante esa semana, y por esa razón no le había dado plata).

T: Es curioso que muchas de las veces que hemos conversado me hablas de plata, de que te invitaron a esto o lo otro, de que tu papá te gastó o perdió plata en el trabajo. Parece que la plata es muy importante para ti.

I: (Afirma mi señalamiento con su cabeza). Hay un primo que es el preferido de todos y luego sigo yo, que es al que más invitan.

T: ¿Cómo es eso?

I: Sí, y además soy el más preferido de mi abuela. (Sonríe).

T: ¿Y con tu tía, la mamá de tu prima, cómo eran las cosas?

I: Ella era la que más me consentía. (Silencio).

T: No hemos vuelto a hablar de ella, ni de tu prima, quizás por todo lo difícil que esa situación es para ti. ¿Y sabes qué creo? Que es importante que volvamos a hablarlo...

I: (Silencio).

(Sesión 3).

Para este momento, yo no lograba entender lo que estaba pasando. A lo único que atinaba era a mostrarle sus quejas y su permanente insatisfacción con sus objetos, como se ve en algunos de los señalamientos que se encuentran en los anteriores fragmentos. Sin embargo, esto no parecía ayudar a destrabar la situación.

La omnipotencia de su psiquismo (Bion, 1962a) era evidente. No sólo estaba relacionada con el lugar que Iván sentía que ocupaba entre su familia extensa -como también puede observarse en el material clínico expuesto anteriormente-, sino también con su manera de percibir su situación escolar y académica, que, para ese entonces, se sabía, era crítica:

(Antes de empezar la sesión la mamá me dice que quiere hablar conmigo 10 minutos. Le propongo que lo hagamos al finalizar con Iván. Subimos y entramos al consultorio).

T: Tu mamá quiere hablar conmigo, ¿sabes por qué?

I: Mmmm... No sé.

T: ¿No sabes?

I: No. (Se queda en silencio por algunos minutos).

T: ¿Cómo has estado?

I: (Sonríe levemente y me mira). Estudiar... (Se queda callado por unos minutos).

T: ¿Cómo te ha ido en el colegio?

I: (Se queda callado de nuevo y cada tanto esboza una pequeña sonrisa con sus labios).

T: ¿Qué te ha tocado hacer últimamente?

I: Hoy entregué dos trabajos y me entregaron las notas.

T: ¿Y cómo te fue?... Recuerdo que la última vez que nos vimos me contaste que podías perder el año.

I: (Hace gestos de sorpresa con su cara). ¿A mí?...Me fue bien. (Se vuelve a quedar callado por un rato). (Sesión 5).

El clima de las sesiones, marcado por un tinte de aburrimiento, llegó a agobiarnos tanto en algún punto, que Iván puso su estado psíquico en palabras, y yo arriesgué un primer señalamiento sobre lo que sentía que le estaba ocurriendo:

(Continuación del fragmento anterior).

I: Mi mamá me dijo que no podía salir hasta que no hiciera las tareas. (Entorna los ojos y vuelve a quedarse callado por varios minutos).

T: Parece que hoy no quieres hablar, que no quieres estar aquí.

I: (Me mira y rechaza mi señalamiento moviendo la cabeza).

T: De pronto te sientes bravo por algo, quizás estás bravo con tu mamá por ese castigo que te puso

I: (Me mira nuevamente con sorpresa. Deja de hablar por un buen rato más. Pone la cabeza sobre la mesa, mira hacia abajo).

T: ¿Qué te pasa, Iván?

I: Que estoy asustado y aburrido.

T: ¿Quieres contarme un poco más cómo es eso de estar aburrido?

I: (Se queda callado. Baja la cabeza de vez en cuando, se mira la sudadera, estira la pierna por debajo de la mesa y me mira cada tanto).

T: Tal vez tienes cosas que decirme, pero como tu mamá me dijo que quiere hablar conmigo, prefieres que sea ella la que me las diga a mí.

I: (Hace señales de afirmación con su cabeza).

T: ¿No quieres que hablemos de eso los dos?

I: No.

T: De pronto lo que sucede es que sientes muchas cosas por dentro, pero no sabes cómo decirlas y por eso esperas a que tu mamá lo haga.

I: (Se queda callado por varios minutos).

Así, dos pequeñas pero importantes transformaciones tuvieron lugar en Iván: por un lado, encontró esta nueva posibilidad de expresar verbalmente (aunque fuese con una o dos palabras) lo que le estaba sucediendo; y, por el otro, permitió, por primera vez, que su estado emocional emergiera y fuera explorado por mí. Me permitió ver, sin ningún distractor, sin ningún velo, su desesperación, su temor, su aburrimiento.

Segundo momento: Por fin ¡Emerge la rabia!

Después de que Iván logró poner el aburrimiento en palabras y yo pude hablarle de su imposibilidad para expresar, la sensación de agobio y de estancamiento que teníamos los dos fue comenzando a ceder. Entramos en un segundo momento de la psicoterapia, que se caracterizó por el surgimiento de la emoción. Poco a poco, esta última se fue abriendo paso en el consultorio y, con ella, lo fue haciendo también un material de trabajo sincero y genuino.

Nuestra relación pasó a tener, entonces, una dinámica similar a la que Bion (1962b) describe cuando hace referencia a la función continente-contenido: Iván me botaba sus cosas -sus experiencias reales, sus sentimientos, sus preguntas, aquello que lo inquietaba y lo desesperaba- para ver qué hacía yo con ellas.

Sus quejas dejaron estar desperdigadas entre los distintos miembros de la familia y empezaron a concentrarse cada vez más en su padre, quien entró en escena como el principal causante de sus males, de su insatisfacción. Era un padre que no cumplía las promesas que le hacía, que no le daba a él ni a su familia lo que necesitaban, que hacía sufrir a su mamá y que no era justo (privilegiaba a unos hijos sobre los otros). Estas eran algunas de las fuertes, y cada vez más consolidadas quejas, de Iván frente a su padre:

(Me cuenta que la semana pasada - en la que no vino a ninguna de las dos sesiones-, fue semana de receso en el colegio).

T: ¿Cómo te fue en esos días?

I: Pues mi mamá se fue con mis dos hermanos menores para la casa de la mamá de mi papá, y yo me quedé. (Sonríe levemente, me mira y espera mi respuesta).

T: ¿Dónde es la casa de la mamá de tu papá?

I: Fuera de Bogotá... Y yo dije que quería quedarme en la casa, no quise ir. Y entonces me tocó quedarme con mi papá. (Silencio). Cuando me levanté para desayunar el viernes, no había nada en la nevera: ni huevos, ni leche, ni cereal... Mi papá no compró nada. En cambio, cuando mi mamá está en la casa, hay de todo.

T: Y entonces, ¿qué pasó?

I: Pues que no pudimos desayunar... (Habla de que el papá lo llevó todos los días a trabajar. Narra algunas de las experiencias que tuvo con él en este tiempo y se queja).

I: Es que cuando mi papá está con mi hermano es diferente... lo lleva a una cantidad de cosas...

T: ¿Podrías darme un ejemplo de cuando tu papá es diferente?

I: Cuando no hay desayuno en la casa y mi hermano está, mi papá se lo lleva desayunar a algún lugar y lo invita; en cambio, conmigo no hace eso.

T: ¿Por qué crees que pasa eso?, ¿que tu papá hace esas cosas?

I: No sé...

T: Por ahora no sabes por qué, pero te da rabia con él y con tu hermano.

I: Sí.

(Sesión 11).

Ligado a dichas quejas apareció por primera vez en el proceso Naruto. Iván lo describió como un personaje joven al que, cuando era muy pequeño, se le metió dentro el Zorro de Nueve Colas, un demonio poderoso y destructivo. La gente de su aldea lo despreciaba por eso. En ocasiones este Zorro tomaba vida en él y hacía que Naruto tuviera transformaciones, que le ayudaban a enfrentar a su amigo, pero también rival, Sasuke, con el que tenía cruentas peleas.

Con la salida de Naruto, pude observar en Iván una vitalidad nunca antes vista en sesión. Su identificación con este personaje era clara y pensé que, muy probablemente, a partir de Naruto íbamos a poder trabajar algunas cosas suyas (aún no tenía idea de las enormes posibilidades de trabajo que había con los símbolos). Así que, a través de mis señalamientos, intenté hacer un puente entre los dos, sin obtener mayor respuesta de Iván:

(Acababa de dibujar a Naruto por primera vez y de contarme quién era).

T: ¿Te ha pasado alguna vez eso de tener una persona de la que seas amigo y rival a la vez, como le pasa a Naruto y a su amigo? Me parece que eso nos pasa a todos, y con personas que tenemos cerca, como los papás, los hermanos....

I: Mmm... Pues... con un amigo del colegio... que a veces peleamos.

(Silencio).

I: Y Naruto a veces tiene el poder de transformarse en rana, así puede atacar mejor a Sasuke. Aunque Sasuke también se transforma en otras cosas, y cuando se transforma ya no sabe quién es, y termina aliándose con el enemigo. Entonces después Naruto lo tiene que rescatar...

T: ¿Eso que le pasa al amigo de Naruto, le pasa sin que él se dé cuenta?

I: No.

T: De pronto eso que les pasa a Sasuke y a Naruto te pasa a ti también, que a veces sientes que te transformas, como cuando sientes que vas por los malos caminos.

I: (Se queda en silencio. No hace ningún gesto de afirmación o de negación).

(Sesión 12).

De hecho, hasta ahí llegó el uso de Naruto en este segundo momento. Iván no volvió a recurrir a él, quizás porque aún no se trataba de un símbolo como tal, sino, más bien, de una equiparación simbólica (Segal, 1980b) que lo asustaba y angustiaba.

Rápidamente, Iván regresó a las quejas sobre su padre, no sin cierto temor de cómo iba a reaccionar yo frente a ellas. El material que surgía parecía ser para él un material *non sancto*, prohibido, y quizás por esta razón, buscaba la manera de probarme... ¿Podría soportarlo?, ¿podría resistirlo?, ¿cuál sería mi reacción?, ¿sería la misma de sus objetos?, ¿agresiva?, ¿impredicable?:

I: El otro día pillaron a Ferney, un amigo del colegio, con varias cosas prohibidas y lo castigaron.

T: ¿Quién lo pilló?

I: La mamá. (Sonríe). Yo no hablé con él, fue mi hermana la que me contó. Yo no lo he visto ni hemos hablado. (Silencio).

T: ¿Y qué te dijo tu hermana?, ¿te gustaría contarme un poco más?

I: Que cuando la mamá de Ferney fue a recogerlo al colegio, se dio cuenta que entre la chaqueta tenía una bandera de las barras azules, una navaja y marihuana. También le encontró cerveza en la casa. (Me mira con una sonrisa nerviosa y espera en silencio).

T: Es curioso, me estás contando algo que es grave para tu amigo, pero te estás riendo. Es como si lo que le pasó a tu amigo te asustara, pero te gustara a la vez.

I: Es que él se dejó pillar.... Por bobo.... Cuando uno deja que los otros se den cuenta, pues ni modo...

T: Es como si tú sintieras que lo grave no es lo que uno haga, sino que uno deje que los otros lo descubran.

I: (Asiente con la cabeza enérgicamente). Y lo grave es la droga y el trago. Ahí sí... (Silencio). Mi amigo también fuma cigarrillos... (Hace silencio de nuevo. Sonríe).

T: ¿Ese "también" quiere decir que tú fumas?

I: (Se ríe). ¿Yo?... Nooo.

T: ¿Sabes qué? Pienso que de pronto me cuentas todo esto porque tu amigo no es tan diferente a ti y porque sientes que esas cosas también te pueden pasar. De pronto quieres hablar de esas cosas conmigo, de esas cosas prohibidas, pero no estás seguro de si me las puedes contar o no, no sabes si puedes confiar en mí o si yo voy a regañarte, como a veces lo hace tu mamá.

I: (Me mira con cara de extrañado. Luego sonrío y continúa hablando de otra cosa). (Sesión 16).

Efectivamente, Iván comenzaba a darse cuenta de que existía una diferencia (una diferencia entre mi actuar como psicoterapeuta y el de sus objetos internos); y esta diferencia, parecía alentarle a seguir explorando su emoción, a liberar su vida instintiva.

En cierto punto comenzó a ser claro para mí que la emoción que estaba en juego era una profunda rabia, una rabia que puso a temblar el espacio psicoterapéutico. De modo que intenté empezar a trabajarla, a nombrarla, a mostrársela:

I: Lo jarto es que esta noche le tengo que contar que perdí el año. Él no sabe... Igual qué importa, si cuando estaba en el colegio él perdió tres años.

T: ¿Qué crees que va a pasar cuando le cuentes?

I: Me la va a montar cuando se entere, se la va a pasar haciéndome reclamos (Silencio). Pero yo no me voy a aguantar esta vez. Puede que le responda...

T: Como que estás listo para enfrentarte.

I: Sí. (Sonríe).

T: ¿Recuerdas la vez pasada cuando hablábamos sobre la diferencia entre mal genio y rabia?, ¿que tú me decías que tener malgenio es hacerle algo al otro y tener rabia es como aguantarse? Es como si estuvieras aguantando muchas cosas con tu papá y sintieras que esa rabia se te puede salir en cualquier momento.

I: Sí... Si se le suben mucho los humos, pues toca bajárselos.

(Sesión 18).

E hice algunos esfuerzos por acercar a Iván a una visión un poco más realista del objeto; intenté mostrarle las partes buenas y vulnerables de este último, no reconocidas por él en su mundo interno:

(Continúa el fragmento de sesión anterior).

T: ¿Sabes qué creo? Que de pronto tu papá se acuerda de cuando él perdió esos tres años y eso lo pone mal, no le gusta pensar en que ahora tú los puedas perder. De pronto tu papá está preocupado por las consecuencias que puede tener para ti el que pierdas un año, por las cosas negativas que puedan venir.

I: ¿Qué cosas? (Hace un gesto de asombro).

T: Pues cuando uno pierde años y tiene malas notas después puede tener problemas para entrar a la universidad, o como tú mismo dices, uno simplemente se atrasa.

I: Pero mi primo perdió varios años y ahora está estudiando una carrera... y él no ha tenido problema... Además, yo nunca perdería tres años seguidos, como mi papá.

(Sesión 18).

Aunque por primera vez parecía haber una especie de sincronía entre los dos y aunque había logrado diferenciarme de sus objetos internos primarios en mi respuesta, mis señalamientos parecían no tener ningún resultado. Un estado psíquico propio de la posición esquizoparanoide comenzaba a tomarse el proceso, acentuando y magnificando las cualidades del objeto malo interno, hasta convertirlo, definitivamente, en un objeto extraño y raro:

I: El otro día estuve con mi papá de compras.

T: ¿Te compró el celular que te había prometido? (del que ha hablado repetidamente en sesiones pasadas)

I: No, si él nunca cumple sus promesas.

T: Recuerdo que la sesión pasada estabas muy bravo con él, alcanzaste a decir que querías bajarle los humos. Hoy ya no pareces tan bravo.

I: Es que él es como loco, es todo raro, a veces está bravo y otras veces no.

T: ¿Es loco?

I: No, pues loco no, pero sí es raro.

T: De pronto lo que sucede es que a veces quiere hacer muchas cosas y después se da cuenta de que no puede. Y de pronto también le pasa lo mismo que a ti, a veces está de buen ánimo y otras veces no. Como cuando tú llegas aquí, unos días aburrido y otros días más contento.

I: Es que uno no lo entiende... a veces nos manda a acostar porque sí... O nos dice groserías a mí o a Javier... O no nos deja ver televisión...

T: ¿Sabes qué creo que te pasa? que a veces no sabes qué es lo que piensa tu papá, qué es lo que está pasando por su cabeza, y eso te confunde.

I: (Asiente con la cabeza).

(Sesión 19).

Si en el primer momento de la psicoterapia Iván no pareció mostrar interés alguno por comprender a sus objetos, ahora lo que se manifestaba en él, con intensidad y fuerza, era un estado de incompreensión total de los mismos, y, más específicamente, de su padre.

Para este momento, la omnipotencia de su psiquismo se encontraba en su punto más alto. La mayoría de veces aparecía justo después de relatar experiencias o situaciones relacionadas con su padre, fantaseadas o reales, que le generaban dolor o temor. Así, si su papá no le daba las cosas que necesitaba, igual sus tías se lo iban a dar todo; si se la montaba, él estaba en la capacidad de “bajarle los humos”; si se iba de la casa, él iba a estar “feliz”.

Con la emoción, con la rabia, la vida de fantasía inconsciente pareció revivir en Iván, y sus contenidos -las fantasías- empezaron a teñirse de deseos de enfrentar, de atacar al padre. No obstante, tales fantasías no pudieron sostenerse en su mente, no ayudaron a postergar la descarga inmediata que lleva a la satisfacción (Segal, 1980a) y, por lo menos, en un par de ocasiones, terminaron siendo actuadas:

(Se encuentra hablando de los últimos regaños que le han hecho su papá y su mamá).

I: El otro día yo estaba en el almacén de mi papá, y estaba jugando con una tabla que tiene ahí.

T: ¿Cómo es la tabla?

I: Una en la que cuelga las herramientas para exhibirlas. Y yo jugaba a empujarla, porque estaba medio suelta. La empujaba y volvía, y la empujaba otra vez. Chévere. (Sonríe).

T: De pronto ese juego te gustaba tanto porque sabías que en algún momento se te podía caer la tabla y que eso iba a molestar a tu papá.

I: (Sigue contando sin hacer caso de mi señalamiento). Y a un lado estaba el aviso de mi mamá, de minutos de celular, y al otro lado el de mi papá.

T: ¿Y tú jugaste con los dos?

I: No, sólo con el de mi papá. (Se ríe).

T: Fíjate, jugaste con el aviso de tu papá y no con el de tu mamá. Es como si quisieras molestarlo más a él que a ella.

I: No, es que con el de mi mamá no se podía jugar porque estaba clavado... clavado en la pared. Y entonces la tabla se cayó y mamá y papá me regañaron. ¡Si no fue tan grave!... Además, yo no tuve la culpa...

(Sesión 20).

(Se encontraba hablando de un regaño reciente de su mamá, en el que le pegó un "correazo". Se detuvo para hablar de otro regaño de la semana).

I: El otro día estaba en el almacén y venía la señora de los tintos y yo saqué la chaqueta del asiento de mi papá y me fui un poquito para atrás y empujé a la señora y se le regó el tinto. Le chispeó a un amigo de mi papá y a la señora de los tintos un poquito. Y entonces mi papá me regañó y mi mamá también...

T: Me has contando hoy varias cosas de tus papás, como diciéndome que son injustos contigo, que a veces se ponen bravos por cosas que tú haces sin querer y que eso te da rabia...

I: Exactamente...

(Sesión 21).

Ante todo lo anterior, ante el sadismo de Iván que se extendía y se desarrollaba, la angustia comenzó a hacerse manifiesta (Klein, 1930):

(Se encontraba hablándome de lo "raro y loco" que es su papá; de que se pone bravo por cosas que él no entiende. Nos quedaba poco tiempo de sesión. Hizo una pausa y comenzó a hablar de nuevo).

I: El martes iba en el bus del colegio y yo no sé por qué, pero me comenzó a latir el corazón muy rápido

T: ¿Cómo fue eso, quieres contarme?

I: Ese día me iban a dar la noticia de si pasaba el año.

T: ¿Por qué crees que te pasó eso, que te latió el corazón tan rápido?

I: Porque me dio susto... Aunque cuando supe que podía seguir a noveno, ya me calmé.

T: Quizás lo del bus te pasó porque a veces te das cuenta de que algunas de las cosas que han sucedido son graves, como lo del colegio, como lo de tu prima, y te da miedo lo que pueda venir después.

I: (Silencio).

(Sesión 19).

Y surgió el dormir como defensa. Desde el principio del proceso psicoterapéutico, Iván se mostró algo somnoliento. Sin embargo, para este punto, se veía envuelto por largas jornadas de sueño de las que

difícilmente podía escaparse y que, muchas de las veces, estaban precedidas por un regaño o una situación de conflicto vivida con su padre:

(En algún momento de la conversación llegamos de nuevo al día en que le dio la noticia a su papá de que había perdido el año).

I: Y después de que le contamos dormí tooodo el día.

T: ¿Y cómo es eso, quieres contarme un poco más?

I: Yo estoy así (estira todo su cuerpo haciéndose el dormido) y de repente me quedo dormido y ya no me acuerdo de más... Antes de dormir pienso cosas, pero después... (Hace gestos como de si entrara algo en él y después imita un ronquido suave).

T: De pronto a veces la vida es muy difícil allá afuera, muy complicada, y lo mejor para ti es dormir, es meterte en esa cuevita que es la cama, donde nadie te puede molestar ni venir a decirte cosas, a regañarte.

I: (Hace señales de afirmación con su cabeza).

T: Es como irte a Japón. ¿Te acuerdas cuando me decías que querías irte por allá, donde no te ibas a enterar de nada y no te iba a importar nada?

I: (Silencio). Y cuando duermo a veces me despierto y me doy cuenta de que estoy como así. (De nuevo, se hace el que está dormido y, sonriendo, me muestra una nueva posición, en la que su cuerpo está todo desperdigado).

(Sesión 19).

A pesar de ser una defensa, el dormir, que arrasaba todo consigo, que era difícil de manejar para Iván, impulsó en él un primer intento de comprensión de sí mismo: le permitió ver que algo pasaba con él, que quizás algo no estaba bien. Fue el primer intento de comprensión de todo el proceso, y el único en este segundo momento:

(Continuación del fragmento anterior).

T: ¿Sabes qué? Me llama la atención que me has contado varias cosas sobre la manera en que duermes. Llevamos un buen rato hablando de eso. Creo que este es un tema importante para ti.

I: No es tan importante... Sólo es este año que he dormido tanto...

T: ¿Cómo era los años anteriores?

I: Pues había parabólica y después del colegio yo llegaba a ver televisión... Y luego me ponía a hacer tareas, y ya, y me iba a dormir.

T: ¿No será que algo pasó este año, diferente a los demás? Quizás te sientes más aburrido, más triste, algo pasa. Como si te hubieras venido en picada (mientras digo esto, hago con mi mano un movimiento de ondulación hacia abajo).

I: (Asiente con su cabeza e imita el movimiento de mi mano con la suya).

T: ¿Qué habrá pasado este año en la vida de Iván?

I: ¿Cómo así?

T: ¿Cómo te estarás sintiendo?

I: No sé...

(Se encontraba hablando de las cosas que hace un adolescente, entre ellas, dormir).

I: Y yo estoy durmiendo, y cuando me levanto, me voy a jugar play station... (Sonríe).

T: Como si el play station te ayudara a despertarte, a sentirte vivo otra vez... Como si te trajera toda la diversión.

I: (Hace signos de afirmación con su cabeza y parece algo emocionado). Sí, como que uno... (Imita la situación de estar jugando. Mueve sus manos y hace bastantes ruidos). Es como si uno floreciera...

T: Como que te levanta de ese sueño que tienes.

I: A mí me iba muy bien en el estudio hasta séptimo, pero después de séptimo ya no me va bien

T: ¿Porque entraste en la etapa de la adolescencia?

I: Sí. (Se ríe). Después de séptimo la flor se cerró.

T: Ojalá en el tiempo que nos queda esa flor pudiera abrirse, no sólo cuando juegas play station, sino con otras cosas.

(Se termina la sesión).

(Sesión 20).

Aparte de las anteriores, Iván seguía sin hacer mayores referencias a sí mismo. Dos o tres ocasiones más habló de sí, pero lo que surgía parecía ser, más bien, una necesidad de confirmarse, de asegurarse en su lugar, de no tener que hacer ningún movimiento en su mundo interno que le implicara dolor o sufrimiento. Y el concepto de adolescente, parecía que le servía para ello:

(Se encontraba hablando del regaño que le hicieron sus papás, por haber tumbado la tabla del almacén en la que su papá exhibía las herramientas).

I: Es que ellos quieren que uno ya sea adulto y uno no es.

T: Como que te gustaría que te dejaran hacer otras cosas.

I: Sí.

T: ¿Como cuáles?

I: Jugar con mis amigos, dormir, jugar play station, estar con mis amigas, lo que hace un adolescente...

Es que ellos no entienden que uno está en la etapa de la adolescencia. (Nos reímos ambos).

T: ¿Y cómo es la etapa de la adolescencia?, ¿qué es lo que hace un adolescente?

I: Estudia... juega con los amigos...

T: Duerme...

I: No trabaja...

(Sesión 20).

Tercer momento: Reaparece Naruto y se efectúa la venganza. Sin embargo, algo cambia.

Las comprensiones que generamos con Iván sobre lo que podía estar significando su dormir, sumadas a la posibilidad que me había dado ahora de ser la depositaria de sus contenidos prohibidos (emociones, fantasías y deseos), trajeron unas nuevas e importantes consecuencias para el proceso: por un lado, Iván pudo ver que algo no estaba bien en él, que algo estaba fallando; y, por otro lado, sus defensas parecieron relajarse, su vida instintiva empezó a funcionar más libremente y su tolerancia a la angustia aumentó.

Una prueba de lo anterior, es que Iván comenzó a tener ciertos comportamientos intrusivos dirigidos hacia mí y hacia el espacio en el que nos encontrábamos. Así, en dos o tres ocasiones, cuando me disponía a entrar al consultorio para preparar el material y luego llamarlo, me encontré con que Iván ya estaba dentro, o lo vi rondando por los pasillos, muy cerca a los consultorios de otros pacientes. Sus exploraciones sádicas (Klein, 1930) sobre el mundo y sobre sus objetos habían iniciado, y esto, junto a

sus ataques fantaseados al padre, seguía produciendo y movilizando una cantidad importante de angustia:

(Se encontraba hablando sobre sus amigos del colegio, contándome quiénes son y cómo se llaman).

T: Me imagino que te has sentido contento de poder estar con ellos. Me acuerdo ahora de la vez pasada, que me contaste que te habías aburrido mucho donde tu abuela porque estabas solo.

I:(Parece emocionarse). Lo único es que el otro día Manuel tuvo una pelea. Estábamos jugando fútbol y estábamos mezclados los de 9º, 10º y 11º. Y a Manuel le tiraron una cosa en la cara y él pensó que era John, pero luego se volteó y vio que era uno que es mucho más bajito que él; en cambio Manuel es grande

T: ¿Podrías describírmelo, para hacerme una imagen de cómo es?

I: Es más alto que yo, en cambio el otro muchacho era como yo de alto... No, un poco más bajito... Es moreno, se peina normal. Y entonces Manuel se le paró enfrente al bajito y el bajito le dijo que se viniera, y Manuel vio que comenzó a echarse para atrás como asustado. (Imita al muchacho bajito poniendo los dos puños al frente). ¡Pero de pronto le dio un puño!. (Lo dice mostrando su sorpresa). Y a Manuel le empezó a salir sangre y lo llevaron a la enfermería. Y después nos contaron que le habían bajado dos dientes. Los expulsaron a los dos por tres días.

T: ¿Y tú dónde estabas mientras pasaba todo esto?

I: Nosotros estábamos viendo, pero no nos metimos.

T: Pero me imagino que sentiste cosas...

I: (Se ríe.) Sentía el corazón tun, tun, tun. (Lo muestra pegando el puño cerrado contra la palma de su mano).

T: ¿Por qué crees que lo sentías así?

I: Hmmm, ahí sí no sé... (Se queda callado por unos segundos).

T: De pronto te sentías emocionado, te hubiera gustado hacer lo que ellos hacían... pelear.

I: Yo no he peleado ni en este colegio, ni en el antiguo. Es mejor no meterse en cosas, porque uno nunca sabe...

T: ¿Uno nunca sabe...?

I: Lo que pueda pasar.

T: ¿Y qué te imaginas que podría pasar?

I: Que lo expulsen a uno. (Sesión 23).

Con una cantidad de angustia suficiente, un impulso de explorar creciente y una función continente-contenido en marcha, la relación simbólica de Iván con el mundo pareció comenzar a establecerse. Naruto, aquél personaje fantástico que había surgido en el segundo momento y que había sido rápidamente abandonado por Iván debido al miedo que le provocaba, fue traído de vuelta, esta vez como símbolo (Segal, 1980b).

Sin embargo, no se trató de un proceso inmediato. En la medida en que Iván no contaba aún con un pensamiento verbal desarrollado y parecía seguir experimentando, cada tanto, cierta imposibilidad para comunicarse, recurrió a la música para que ésta le ayudara a recordar las escenas de la vida de Naruto, y con estos recuerdos, le fuera más fácil narrármelas:

(Había terminado de contarme la pelea de su amigo Manuel en el colegio. Hizo una pausa y comenzó a hablar de nuevo).

I: ¿Tiene audífonos?

T: De pronto sí, déjame mirar. (Busco en mi maleta y encuentro los que uso normalmente. Se los paso)

I: ¿Usted ha oído a Linkin Park?

T: No...

I: Aquí tengo una canción de ellos que es muy buena. (Prende el MP3 y me pasa los audífonos. Estoy comenzando a oír y de repente deja de sonar). ¡Aghhh!. (Se queja fuertemente). Es la pila... (Saca otra pila de su bolsillo, se la pone al aparato y vuelve a probar, pero de nuevo suena un rato y luego se apaga. Vuelve a quejarse. Lo intenta por última vez, de nuevo sin resultados). Esa canción me gusta mucho.

T: Te gusta la música...

I: Sí, me relaja.

T: ¿Sabes lo que dice la letra de la canción?

I: Me la aprendí, pero todavía no sé lo que dice. Esa es la canción con la que sale Naruto. Pero no es la de televisión, es la de cuando uno ve la serie en internet. La vez pasada, cuando salió esta canción, Naruto empezó a pelear...

T: ¿Y cómo fue la pelea?, ¿quieres contarme?

I: Era entre dos familias. Naruto estaba en una de ellas y reconoce en la otra familia a alguien que hirió a Sasuke, su amigo, hace un tiempo. Naruto se acuerda de eso y le da rabia... Y se va a pelear... Saca una bola blanca y le pasa la mano por encima... Y el enemigo tenía una espada, pero la espada tenía un punto débil y Naruto lo descubre. Naruto se le manda encima y hace que se le caiga la espada...

(La historia continúa un poco más, y debemos terminar la sesión). (Sesión 23).

Los aparatos que le permitían oír dicha música (el MP3 y el MP4) -y también aquellos con los que podía grabar pedazos de los capítulos de Naruto que veía en su casa en televisión (el celular)- se convirtieron entonces en una especie de ayudantes para el proceso, que ambos identificamos como tal. Dichos aparatos no sólo auxiliaban a Iván en la tarea de recordar y de prepararse para el trabajo psíquico, sino que, además, le permitían hacerme partícipe –como un nuevo objeto de su mundo interno- de sus contenidos mentales.

Con ayudantes en mano y gracias a las historias de Naruto, Iván desplegó y dio forma, entonces, a su más fuerte fantasía: la de vengarse de su padre; una fantasía que, seguramente, obtuvo toda su fuerza del segundo momento de la psicoterapia, marcado por el surgimiento de la rabia. Una y otra vez, Iván trajo a sesión escenas en las que Naruto se enfrentaba a muerte con su amigo y a la vez rival, Sasuke, que solía ser más poderoso y más grande que él:

(Había puesto pedazos de distintas canciones en su MP3 para que las oyéramos juntos. Luego nos quedamos callados algunos segundos, después de los cuales empezó a hablarme de Naruto).

I: ¡Ya sacaron la película de Naruto!

T: ¿Y ya la viste?

I: La busqué, pero no la encontré... Aunque el sábado pasaron un capítulo de la serie por televisión...

T: ¿Quieres contarme de qué se trataba?

I: Primero está Sasuke peleando con Itachi. Sasuke tiene el poder de la estrella que le sale en la frente y el otro tiene otro poder que ya no me acuerdo. Y cuando Sasuke se transforma con el poder, brinca alto, alto y luego... ¡pshhhh!, le cae al otro encima. Y luego en otro momento aparece Naruto, que se encuentra con varios de los de su aldea con los que ha peleado (menciona los nombres de cinco o seis personajes distintos). Y Naruto pelea con Sasuke. Cuando ve a Sasuke, se acuerda todo lo que ha hecho y se llena de rabia. Y entonces Sasuke se transforma en un monstruo, que es mucho más grande que él, y a Naruto le sale un sapo (sigue narrando hasta que se termina la pelea).

(Sesión 24).

Pero con todas estas escenas no sólo surgía y se desarrollaba en Iván un fuerte deseo de venganza. También aparecía su vulnerabilidad -vulnerabilidad sentida frente al padre- que, gracias a los poderes de Naruto o de otros personajes fantásticos, Iván podía eliminar temporalmente:

(Había estado hablando de una pelea de Naruto. Descansa y retoma un nuevo relato).

I: Y el otro día también me vi un capítulo de Dragon Ball ¹⁷

T: ¿Y qué pasaba en éste?

I: Había dos peleando... También eran amigos y rivales... Y estaban en un desierto, y cada uno estaba usando sus poderes. Y cuando iban como en la mitad de la pelea, entraron unos nuevos personajes y les dijeron: “los que son más débiles son los que tienen mejores poderes”...

T: De pronto a ti te pasa algo parecido a lo que le pasa a algunos de estos personajes: a veces te sientes débil, o te sientes aburrido y sin ganas de hacer nada, y te parece que los demás te la van a montar. Por eso te gustaría tener un poder como esos que tienen los personajes de tus historias, para ser más fuerte.

I: (Me mira y sonrío. Hace una pausa y sigue hablando de la pelea).

(Sesión 26).

Y aparecía, de tanto en tanto, el deseo de Iván de defender a su madre, ligado a sentimientos y emociones amorosas:

(Había estado hablando sobre una pelea entre un grupo de hermanos que había aparecido en una de las películas de Naruto, vista por él recientemente. Ahora, narraba esta otra escena de la película).

I: Y en esta película también pelearon Naruto y Sasuke.

T: ¿Por qué peleaban esta vez?

I: Es que el hermano de Sasuke mató a sus propios papás, y Sasuke tiene la obligación de vengar eso, pero la única forma de hacerlo es matando a su mejor amigo, es decir, a Naruto. Así se lo dijo un maestro. De ahí es que Sasuke puede sacar la fuerza para vengarse.

T: Ajá...

I: Y, en la pelea, Naruto va a defender a Sakura.

T: ¿Quién es Sakura?

I: Es la niña de la que Naruto está enamorado, pero ella está enamorada de Sasuke... Y Naruto tiene el poder de las colas del Zorro, y Sasuke una cosa en los ojos, que es como una figura triangular, que luego se le pasa a todo el cuerpo y...

T: Ven, vamos despacio... Quisiera decirte una cosa que me llama la atención de lo que me cuentas, y es que todos estos personajes de los que me has hablado siempre están defendiendo a alguien.

I: Ajá... (Hace señales de afirmación con su cabeza); no sólo Naruto, hay otros...

T: Y creo que, quizás, algo parecido te pasa a ti en tu casa. A veces no te gusta como tu papá te trata a ti y trata a tu mamá, y te gustaría poder defenderte y poder defenderla a ella.

I: (Parece escucharme un momento, pero no dice nada y a los pocos segundos continúa narrando lo que pasa en la pelea).

(Sesión 26).

Dichos sentimientos no sólo surgían cada vez más en las historias de Naruto, sino que también se reflejaban en otros contenidos del material clínico, como la música:

¹⁷ Serie de dibujos animados (*anime*), cuyo origen es un manga japonés. Narra las aventuras de Son Gokú, un niño con cola de mono y dotado de una fuerza sobrehumana, que se crió en las montañas en compañía de su abuelo y, que durante su infancia, fue instruido en las artes marciales. Cuando llega a la edad adulta, Son Gokú se va de viaje por el mundo con el objetivo de encontrar y poseer las Siete Bolas del Dragón (capaces de conceder cualquier deseo a su portador). Durante este viaje, Gokú se enfrenta a fuerzas del mal, sostiene batallas con villanos, y hace innumerables amistades. Algunos de sus rivales se vuelven, al final, sus compañeros.

(Se encuentra lidiando con su MP3 para que yo pueda escuchar pedazos de canciones que quiere mostrarme. El MP3 funciona algunos segundos y luego se apaga).

I: Le voy a mostrar otra (canción) que me gusta... A ver si esta sí suena... Es un reggae.

T: ¿Cómo se llama el grupo?

I: No sé el nombre... (Me pasa uno de los dos audífonos para que pueda escuchar y él se pone el otro. Debemos acercarnos un poco, para que los audífonos no se nos salgan de los oídos). Esta sí es en español... (Unos segundos después de comenzar a oír la canción, el MP3 se queda sin batería y se apaga).

T: ¿Y sabes qué dice la letra?

I: Es de un hombre que le dice a una mujer que si ella no está, él no va a poder vivir.

T: ¿Por qué?, ¿qué pasó entre ellos dos?

I: No es que hayan terminado, todavía están juntos, pero él le dice eso.

T: Es como si le estuviera advirtiéndole que no se vaya.

I: Sí.

T: Quizás a ti te ha pasado alguna vez eso también. Sentir que si alguien se va no vas a poder vivir.

I: Tal vez...

(Sesión 24).

Y se acompañaban en algunos casos de sensaciones eróticas, que parecían estar dirigidas hacia mí. Así, Iván no sólo intentaba explorarme internamente, sino que, además, buscaba la manera de tener pequeños acercamientos físicos conmigo: rozando mi mano en el momento de pasarme los audífonos para que pudiera escuchar una canción, o parándose al lado mío -muy cerca- para mostrarme las imágenes de las peleas de Naruto que había captado en su celular. ¿De qué se trataba todo esto? Posiblemente, como resultado del proceso, Iván comenzaba a desplegar su afecto hacia los otros, pero dicho afecto parecía estar fuertemente marcado por un tono erótico -y por unos modelos de relación primarios también eróticos-, cuyos límites le resultaban difíciles de distinguir.

Mi trabajo, para ese entonces, consistía en continuar haciendo puentes: puentes entre las guerras de Naruto con sus amigos-rivales y las guerras fantaseadas de Iván con su padre; entre el deseo de Naruto de vengar una injusticia y el deseo de Iván de defender a su madre; entre el Zorro de las Nueve Colas que se encontraba sellado dentro de Naruto y los impulsos destructivos que afloraban en la vida instintiva de Iván.

Aunque Iván no solía responder a mis señalamientos (normalmente se quedaba callado algunos segundos y luego continuaba con sus relatos) y esto hacía que me sintiera decepcionada y algo frustrada, empecé a observar que en todas estas escenas simbolizadas, y en la forma en que Iván las narraba, surgían, por primera vez, ciertos cambios; cambios realmente importantes. Algunos de ellos estaban referidos a Naruto como tal (a la manera en que era concebido por Iván) y, otros tantos, se situaban en las relaciones de este personaje con sus amigos y rivales.

De esta manera, al mencionar a Naruto Iván comenzaba a hacerse algunas preguntas, relacionadas principalmente con dos aspectos: con las transformaciones que este personaje sufría cuando el Zorro tomaba control sobre él, y con el futuro que le aguardaba una vez terminara este período de su vida lleno de peleas y luchas:

(Unos minutos antes se encontraba hablando del deseo que tiene Naruto de huir de su aldea, de irse lejos para formarse como ninja. Ahora, observaba con detenimiento dos o tres imágenes impresas de él, que yo había llevado a esta sesión).

I: ¿Sí ve?... Se ve distinto en cada una (Naruto). Aquí tiene el pelo amarillo y aquí lo tiene como de otro color... Y aquí lo tiene corto y aquí lo tiene largo...

T: (Silencio).

I: ¿Y ve estas rayas de la cara?... Esas son las que le salen cuando está peleando... Pero no aparecen siempre, sólo en unos capítulos...

T: ¿Por qué?, ¿qué querrán decir esas rayas?

I: Hmm... No sé.

T: ¿Qué te imaginas?

I: No sé...

T: ¿Sabes qué pienso? Que tú me hablas tanto de Naruto acá porque me quieres decir, a través de las cosas que le pasan a él, cómo te sientes tú. Como si todas estas cosas que le pasaran a Naruto fueran muy parecidas a las que te pasaran a ti y él te sirviera para contarme cómo estás tú. De pronto a veces es muy difícil para ti hablar de ti mismo.

I: (Se queda callado. No me mira).

(Sesión 25).

(En esta misma sesión Iván miraba otras imágenes. Leía el texto que había debajo de ellas y de tanto en tanto paraba su lectura para contarme algo de los personajes).

I: Estos dos también son amigos y rivales.

T: ¿Quieres contarme cómo es eso de ser amigo y rival?

I: (Se sonríe). Pues que son amigos, pero también pelean... Y esta que está acá es Sakura, de la que está enamorado Naruto... Pero eso es al principio.

T: ¿Por qué?, ¿cómo así?...

I: Porque después, en otro capítulo, es ella la que está enamorada de él, y él ya no...

T: Ahh...

I: (Mira otra de las imágenes, una imagen grande en la que se encuentra Naruto montado sobre el Zorro de Nueve Colas). Y esto todavía no ha pasado en televisión, no ha llegado este momento. Es el Zorro de las Nueve Colas...

Es posible pensar que estas preguntas de Iván sobre Naruto eran, en últimas, preguntas que Iván se hacía sobre sí mismo: ¿Qué podría pasarle si llegaba a sentir mucha rabia?, ¿la podría controlar?, ¿o se transformaría y se convertiría en otro, como Naruto? Pero, además, ¿cómo iban a terminar las cosas en su casa?, ¿terminaría con su mamá?, ¿su mamá con su papá, y él excluido?, ¿qué iba a pasar?...

Por otro lado, Iván también comenzaba a fijarse, con mucha más atención, en todo el daño causado por Naruto:

(Estaba mostrándome en su celular algunas fotos de Sasuke y Naruto que había tomado recientemente en su casa, mientras veía una de las películas).

I: Y Naruto está estudiando para convertirse en un ninja. Como el Zorro se le metió sin que se diera cuenta, destruyó muchas cosas.

T: ¿Qué cosas?

I: Todas las cosas de la aldea, dañó todo. Por eso es que se quiere ir a estudiar para convertirse en ninja, para que la gente se dé cuenta de que él no es tan malo, que él puede ser una persona buena.

T: Pareciera que Naruto no quiere que lo desprecien. Y creo que ahí tienes otra cosa en la que te pareces a él: a veces sientes que te transformas y haces daño, como pasó con tu prima. Sientes que le causaste dolor a ella, a su familia, a tu mamá. Y te gustaría que ellos se dieran cuenta de que también puedes hacer otras cosas, cosas buenas, como no perder el año, como sacar adelante el colegio...

I: (Se queda callado durante varios segundos. No habla inmediatamente, como ha sucedido en otras ocasiones). ¿Puede volver a traer los dibujos el miércoles? (día de nuestra próxima sesión) ¿Y puede traer nuevos?

T: Claro que sí.

(Se termina la sesión).

(Sesión 27).

Parecía que, a través de Naruto, Iván podía ver su propio daño: el daño causado a su objeto interno padre con todos los ataques ejecutados a través de su fantasía inconsciente.

Finalmente, en cuanto a la relación entre Naruto y Sasuke, Iván empezaba a detectar ciertas modificaciones en la manera en que estos dos personajes se reconocían entre sí:

(En la misma sesión anterior, se encuentra mostrándome un pequeño trozo de otra de las películas de Naruto que grabó con su celular mientras veía en su casa. En el video, aparecen Naruto y Sasuke peleando).

I: Y al final de esta pelea Naruto y Sasuke se miran fijamente... Y se quedan así un rato... (Imita una mirada intensa)... Se acuerdan de que son amigos... Cada uno se acuerda de lo que hacía con el otro cuando era más chiquito. (Se queda callado por unos segundos). Ojalá a mi papá le vaya bien esta semana...

T: ¿Por qué?, ¿Qué pasa?

I: Porque la semana siguiente es mi cumpleaños y mi papá me prometió que me iba a regalar un X-box. Si le va bien en el trabajo me lo puede dar, si no, no. Los días que gana harta plata son los fines de semana. Entonces este fin de semana voy a ir a ayudarlo.

T: Lo que me cuentas me hace pensar que de pronto a ti te pasa con tu papá algo parecido de lo que a Naruto le pasa con Sasuke: unas veces peleas con él, quisieras enfrentarte a él, y otras veces te sientes mal por el daño que le has hecho. Y por eso te da miedo que le pase algo malo, que se quede sin plata, que le vaya mal en el almacén.

I: (Se queda callado unos segundos).

T: ¿Qué piensas de lo que te digo?

I: Que sí... (Continúa hablando del video que tiene en su celular).

¿Por qué estos cambios? Seguramente, Iván empezaba a experimentar impulsos o sentimientos ambivalentes hacia sus objetos (Segal, 1980b) que, a su vez, despertaban en él una necesidad o preocupación por protegerlos. Tal preocupación por sus objetos también puede verse en el material clínico, en pequeñas historias de padres e hijos envueltos en situaciones en las que uno (normalmente el hijo) salva al otro (el padre):

(Desde hace un rato viene hablándome de distintas escenas que han ocurrido últimamente en Dragon Ball).

I: Pero también está lo que le pasó a Kakarotto...

T: ¿Qué le pasó?

I: Cuando era bebé estaba en una cápsula, ¿sí?... Y luego el enemigo lo lanzó desde ese planeta en el que nació a otro planeta, para que cuando se estrellara su papá se muriera.

T: ¿Su papá vivía en ese segundo planeta?

I: Ajá.

T: ¿Y qué pasó?

I: Que cuando la cápsula se estrelló, Kakarotto se golpeó en la cabeza y toda la energía del estrellón se quedó en su cabeza... Y así no explotó el planeta. Salvó al papá con su herida...

(Sesión 26).

(Pone música en su celular).

I: ¿Se acuerda de la canción que le quería mostrar el otro día?... Esta es. (Se echa en la silla mientras la oye).

T: ¿Esa es la que sale en Naruto?

I: No, esa es otra. (Se queda callado, mirando el celular, moviendo su cuerpo con la música y oyendo).

T: ¿Y qué es lo que más te gusta de esa canción?

I: ¿En qué sentido?

T: ¿Por qué te gusta la canción?

I: Ah, porque se llama The End. Eso quiere decir “Cuando se termina”. Es que cuando Gohan y Cell pelean en televisión, la ponen.

T: ¿Y cómo es la pelea entre Gohan y Cell?, ¿quieres contarme?

I: Al principio de la pelea está Gohan, que es el papá de Gokú, y Cell, que es otro personaje. Y están peleando. Están quietos mirándose y Cell le manda a Gohan un rayo de energía, y Gohan se siente muy cansado. Entonces Gokú, que es su hijo, lo reemplaza... Y siguen peleando... Y en un momento, uno de los dos pone en la mitad como unos monstruos pequeños y Cell le quita la cabeza a uno de los monstruos... Pero al final Gohan le gana a Cell gracias a Gokú, y Cell se muere. Como en el video de Naruto de El Final de la Lluvia de las lágrimas. Bonito...

T: ¿Qué te parece bonito?

I: Ese nombre del video.

T: ¿Qué crees que quiere decir, el Final de la Lluvia de las Lágrimas?...

I: Es cuando se acaban las cosas, cuando alguien se va y deja la pelea porque ya no puede más.

(Sesión 27).

Todo lo anterior hace pensar que, hacia el final de este tercer momento de la psicoterapia, Iván se asomaba –de una manera contundente- a la posición depresiva; es decir, tenía la posibilidad de representar a sus objetos y de representarse a sí mismo de una manera más integrada. Este asomo, inevitablemente, minaba y socavaba el funcionamiento omnipotente de su psiquismo y le permitía hacer sus primeras conquistas en el terreno de la realidad.

Cuarto momento: de Naruto a Iván: un surgimiento doloroso, en medio de una falla ambiental

Este cuarto y último momento del proceso psicoterapéutico estuvo caracterizado, básicamente, por tres aspectos: un retroceso en la comunicación de Iván (retroceso que pudo ser trabajado por los dos en alguna medida); un intenso cuestionamiento suyo por mi funcionamiento como continente; y el

surgimiento de una importante comprensión de sí mismo (un pensamiento, en términos de Bion), sin la mediación de Naruto.

Para esta época Iván y yo habíamos tenido una interrupción en nuestros encuentros que duró dos semanas, en las cuales no pudimos vernos. Sumado a esto, la relación de sus padres atravesaba por una difícil situación, que se traducía en constantes peleas entre los dos y en un consumo de alcohol excesivo por parte del padre. En síntesis, parecía que el ambiente de Iván estaba comenzando a desequilibrarse y, de alguna manera, comenzado a fallar.

Iván se encontraba algo perturbado y, quizás por ello, había perdido la mayoría de los aparatos electrónicos y objetos que usualmente llevaba a sesión y que le ayudaban a comunicarse conmigo: el celular, el MP3, etc. Estas pérdidas, ocurridas en un período tan difícil, parecían tenerlo completamente asustado -casi aterrorizado-, como lo muestra el siguiente fragmento de sesión:

(Abrí la puerta del consultorio para llamar a Iván, pero no lo vi. Le pregunté a la mamá si estaba en el baño y me dijo que no sabía. Ella empezó a buscarlo por los pasillos, diciendo su nombre en voz alta, casi en tono de regaño. Se acercó al baño, donde efectivamente se encontraba. Yo entré al consultorio, e Iván llegó unos minutos después).

I: (Quita la maleta de la silla y se sienta. Pero al segundo, cuando se da cuenta de que en la mesa hay imágenes impresas de Naruto, se para a verlas).

T: Parece que estás revisando si hay hojas nuevas, para saber si yo te he pensado en estos días, si he estado pendiente de ti, preocupada por ti.

I: Sí. (Se queda mirando las tres imágenes nuevas que había con una actitud temerosa).

T: Puedes cogerlas, si quieres. Esas hojas están aquí para ti y para que trabajemos los dos con ellas, para nada más.

I: (Toma las imágenes. Se lleva las tres nuevas con él y se sienta. Se sumerge en la silla y las empieza a observar una por una. Está completamente callado y algo ensimismado. Toma una de las imágenes - en la que Naruto está haciendo una especie de maroma con su cuerpo- y le empieza a dar vueltas. Cuando dice cosas, las dice para sí mismo, en voz muy baja. Algo comenta de los colores, de uno de los poderes que tiene Naruto ahí, etc.).

T: ¿Sabes qué escena es esa?

I: Esa no la he visto. (Ahora está completamente recostado en la silla, no me mira).

T: ¿Qué te imaginas que está pasando?

I: El chiquito es Sasuke y el grande Naruto, y están peleando.

T: ¿Y por qué pelean?

I: Ni idea. (Se queda callado por unos minutos. Luego, comienza a girar la imagen). Hay algo que no me cuadra...

T: ¿Qué es lo que no te cuadra?

I: (Sigue sin mirarme). Que no se sabe cuál es el derecho y cuál es el revés. ¿Sí ve aquí, esta parte que es como la tierra? (Me señala una parte superior de la imagen con su dedo)... Naruto está parado ahí... Ese es el derecho, no éste. Mentiras, ya ni sé...

T: ¿No será que así te sientes hoy?, ¿que entraste confundido aquí, sin saber cuál es el derecho y cuál es el revés de las cosas?

I: (Se queda callado por un rato, hundido en la silla, sin mirarme. Luego se para y toma otras imágenes de la mesa. Las lleva con él a la silla y comienza a leer los textos que hay en ellas, que ya había leído en sesiones anteriores. Los lee para sí mismo, como entrecortado y en voz muy baja. Lee la reseña del

instructor de Naruto y la de Sasuke. Cuando está en esta última, al llegar a una parte en la que dice que Sasuke está platónicamente enamorado de una niña de la serie, se ríe).

T: Te reíste cuando leíste que Sasuke está platónicamente enamorado. ¿Por qué?... ¿Te parece chistoso?...

I: (Sigue leyendo el texto, sin responderme. Se recuesta más y más en la silla y pone las hojas muy cerca de su cara, de modo que yo no la pueda ver).

T: Parece que hoy no quieres hablar conmigo, estás allá leyendo tus historias, solo y en voz bajita. De pronto hoy no tienes palabras para hablarme de ti y contarme lo que te pasa, no tienes palabras para comunicarte conmigo.

I: (Me mira unos segundos, se sonríe y vuelve a mirar las hojas. Permanece callado un tiempo más. De repente quita las hojas y se pone el brazo sobre sus ojos, tapándolos).

T: Definitivamente hoy sí que no quieres hablar conmigo. Es más, ni siquiera quieres mirarme, hasta te pones las hojas y el brazo en la cara para que yo no te vea.

I: (Retira las hojas de su cara y vuelve a mirarme, esta vez sonriéndose, como si se sintiera más tranquilo y supiera que no va a pasar nada).

T: ¿Y sabes qué creo? que no poder comunicarte conmigo, no poder decirme lo que te pasa, te asusta, te da miedo, de pronto piensas que yo me puedo poner brava, o piensas que te voy a dejar de querer y que voy a dejar de preocuparme por ti, que no te voy a traer más cosas. Por eso es que estás metido allá con esas hojas tapándote la cara, porque te da miedo y no sabes qué hacer.

I: (Su postura corporal cambia. Se suelta mucho más y vuelve a sonreír. Se quita las hojas de la cara. Sin embargo, sigue leyendo).

T: ¿Qué piensas de lo que te estoy diciendo?

I: Que es verdad. (Unos segundos después, deja las hojas en la silla. Se queda callado un rato). Esta semana me robaron el celular.

T: ¿Y cómo fue eso?

I: Estábamos en recreo, en el colegio, y yo estaba sentado en el pasto. Cuando me paré se me salió del bolsillo y cuando me di cuenta, ya se lo habían llevado.

(Sesión 28)

Mi trabajo consistió -igual que en el segundo momento de la psicoterapia- en intentar responder ante su temor de una manera diferente a como solían hacerlo sus objetos, por un lado; y en mostrarle la real necesidad que tenía, en estos momentos de desequilibrio, de contar con una especie de mediador para comunicarse conmigo, por el otro:

(Continúa la sesión anterior).

T: Y tu celular te ayuda a comunicarte conmigo, a contarme lo que te pasa. Por eso es que te sientes así hoy, porque no tienes esa parte tuya que te ayuda a decirme cómo estás. Otras veces me has contado que el MP3 y el celular son como partes tuyas, partes de tu cuerpo. Hoy que ya no las tienes, te sientes entonces como si te hubieran cortado una parte de tu cuerpo y eso te tiene asustado, no sabes qué hacer. De pronto por eso fue que llegaste diciéndome hoy que había algo que no te cuadraba en esos dibujos, que no sabías si estaban al derecho o estaban al revés.

I: (Su postura corporal se relaja aún más). Es que me dio pereza reemplazar el celular....

Al mostrarle su temor y al tener una respuesta diferenciada de la de sus objetos, Iván no sólo se tranquilizó, sino que, por primera vez en el proceso, se permitió comenzar a lanzar algunas preguntas sobre mi capacidad para funcionar como continente (Bion, 1962b), sobre las comprensiones que le había entregado hasta el momento. Había logrado diferenciarme de sus objetos, sí, pero... ¿Era de verdad un buen objeto?, ¿era confiable?, ¿podría verme así, justo en este momento en que sus objetos primarios

parecían estarle fallando? El siguiente fragmento, que es la continuación del anterior, muestra algunos de estos cuestionamientos:

I: (Toma varias de las hojas de Naruto y vuelve a revisarlas). Pero hay algo que no me cuadra... Aquí (me muestra una de las hojas) dice que Naruto tenía 12 años y que cuando volvió de viaje tenía 15. Y Naruto se fue de viaje sólo dos años.

T: ¿Qué es lo que no te cuadra?

I: La edad.

T: Si Naruto tenía 12 años cuando se fue y volvió dos años después, para ese entonces debería tener 14 y no 15. ¿Es eso?...

I: Ajá.

T: De pronto piensas que te están engañando, que te están poniendo las cosas como no son, diciéndote mentiras.

I: (Me mira y se ríe). De pronto... (Toma otras hojas y las mira). Y ese zorro que hay en una de las hojas no es de verdad, porque el Zorro de verdad es rojo, no morado.

T: Hoy estás como todo un investigador, viendo las cosas que no cuadran. Quizás estás mirando si eso que yo te doy sí es bueno, si no es chiviado. Quieres saber si yo realmente me preocupo con ti y traigo acá cosas buenas para que las trabajemos entre los dos.

I: (Afirma lo que digo con su cabeza, pero no me mira, continúa observando las imágenes). ¿Por qué no se compra las películas de Naruto? Son nueve...

T: Te gustaría que me las compre para que aprenda más de Naruto y pueda conversar más contigo. Te gustaría que pudiera ayudarte aún más.

I: Sí.

Mis señalamientos sobre su necesidad de confirmar qué tan buen continente era yo y qué tanta capacidad tenía de identificarme con él de nuevo lo tranquilizaron, a tal punto, que quiso y pudo mostrarme algo nuevo: una tenue y primera intención de construir y de empezar a reparar el daño causado (Segal, 1980b); ese daño con el que se pudo contactar en el tercer momento. Tal intención aparece reflejada en la última parte de la sesión No. 28:

I: ¿Puedo llevarme las tres hojas nuevas que traje hoy? Es que quiero hacer un dibujo de Naruto en mi casa. Allá tengo unos pliegos de cartulina.

T: ¿Sabes qué creo? Que de pronto a veces quisieras dejar de ver esas imágenes de Naruto en el papel o en la televisión, y te gustaría poder construirlas con tus propias manos. A veces te gustaría dejar de estar aburrido, tirado en la cama o en esa silla y hacer algo, hacer algo con tu cuerpo y con tus manos.

I: (Afirma mi señalamiento con su cabeza, sin mirarme, y se queda callado).

T: Claro que te las puedes llevar. Y si quieres dibujar a Naruto en un pliego de papel, lo podemos hacer aquí también. Hay varios pliegos de papel para que dibujes.

I: Es difícil y me demoro mucho... Mejor lo hago en mi casa.

T: De pronto te da miedo que te queden mal, que no puedas hacerlas bien y quién sabe qué vaya a pensar yo de ti...

I: (De nuevo, hace señales de afirmación con su cabeza). Este período perdí sólo una materia, y mi hermana perdió tres (Se ríe)... El año pasado yo perdí como diez y ella ninguna.

T: Como que sientes que se cambiaron los papeles.

I: Sí. Esta vez mi hermana me tuvo que pedir que no les dijera nada a mis papás. (Se ríe nuevamente). He mejorado en un 90%.

T: De pronto algo pasó entre el año pasado y éste, como cambia también Naruto cuando hace sus viajes.

I: Sí, me siento más fuerte.

T: ¿Sabes qué creo? Que estás contento porque tus papás te cambiaron de colegio. Como que eso es una muestra de que confían en ti.

I: (Afirma lo que digo con su cabeza varias veces).

T: Te propongo que hagamos una cosa: llévate las hojas de Naruto, pero las vuelves a traer la próxima vez que vengas, para que podamos trabajar con ellas.

I: Yo las traigo y traigo los dibujos que haga también.

(Se termina la sesión).

Ahora, para poder construir, Iván necesitaba el material físico con el que trabajábamos en sesión; aquellas hojas con imágenes de Naruto que habían motivado el relato de tantas de sus historias. Si no podía tenerlas directamente, entonces buscaba la manera de conseguir algún vestigio o rastro de ellas:

(Unos minutos antes había puesto música en su celular y me había estado narrando una pelea entre dos personajes de Dragon Ball. Terminó de contarme la pelea, frente a la cual hice algunos señalamientos, y luego se paró de la silla).

I: (Toma algunas de las hojas de Naruto que hay en la mesa). ¿Les puedo tomar fotos?

T: Sí, claro.

I: (Se acerca y le toma fotos a dos o tres imágenes con su celular. Luego vuelve a su silla, toma una de las hojas y comienza a leer el texto que se encuentra debajo de una de las imágenes de un personaje de la serie de Naruto. Toma su celular de nuevo y mira las fotos que tomó hace unos segundos). ¡Me quedaron bien!

T: ¿Las fotos?

I: Sí, están re-bien tomadas... (Coge el celular de nuevo, se para de la silla y me muestra una grabación de Naruto que hay en él). El sábado estuve viendo una de las películas de Naruto que compré y grabé esta parte (Sonríe).

T: ¿En dónde la viste?

I: En mi casa... Pero no alcancé a terminarla, sólo vi esta pelea de Naruto y Sasuke... y la grabé.

T: Es como si quisieras tener todo lo de Naruto, capturarlo todo con tu celular. De pronto eso te ayuda a sentirte más fuerte.

I: Sip...

(Sesión 27).

Las hojas de Naruto parecían representar todas aquellas comprensiones que habíamos logrado hacer sobre sí mismo y sobre la relación con sus objetos, comprensiones que Iván quería llevar consigo, llevar en su mente, para poder atender de una nueva forma su realidad externa. Y como su capacidad para lidiar con esas comprensiones -su aparato para pensar pensamientos (Bion, 1962b)- aún no se encontraba del todo desarrollada, e Iván lo sabía, entonces recurría a los aparatos electrónicos en búsqueda de ayuda. Estos últimos, le permitían captar las cosas, guardarlas, y, cuando se le antojara, examinarlas de nuevo, reparar en los detalles de su composición; funcionaban como una especie de espacio interno auxiliar en el cual Iván podía dejar sus contenidos mientras construía y adecuaba un espacio interno propio.

Este período marcado por la tranquilidad y los deseos de construcción duró poco. Muy pronto, las dificultades en la comunicación volvieron a aparecer. Hubo una sesión en la que, unos minutos después de iniciar, Iván salió al baño y permaneció encerrado allí durante 14 minutos. Al volver al consultorio, con el pelo y parte de su cara mojados, se veía más relajado. Dichas dificultades, volvieron a ser señaladas por mí:

(Iván acababa de llegar del baño y lo único que había pronunciado hasta el momento era un “ahhh”, un gesto de descanso, de alivio).

T: Llegaste descansado, mucho más tranquilo, como la vez pasada que saliste al baño y también dijiste lo mismo: “ahhh”.

I: (Sonríe y afirma con su cabeza. Pero sigue callado, sin decirme nada. Me mira y hace muecas con su cara, con su boca).

T: ¿Sabes qué? Me parece que hay momentos, en todo este tiempo que llevamos juntos, en los que sientes que es difícil encontrar las palabras para comunicarte conmigo, sobre todo al principio, cuando llegas aquí al consultorio. Has encontrado, con el tiempo, algunas cosas que te ayudan, como la bola que trajiste hoy, pero esas cosas se te pierden. Y cuando se te pierden, te asustas, porque sientes que ya no tenemos de qué hablar tú y yo. Como te sientes así, preocupado y asustado, entonces vas al baño y allá dejas todos esos pensamientos enredados, para los que no encuentras palabras, que temes que podrían hacerme daño, a mí o a ti. Ahora que llegas, estás mucho más tranquilo y entonces puedes mirar las hojas de Naruto que hay sobre la mesa... Al entrar estabas tan preocupado por esta situación de no poderte comunicar conmigo, que ni siquiera las miraste.

I: (Se para de la silla, como medio dudoso y medio sonriendo, y va hacia la mesa donde están las hojas. Toma una de ellas).

(Sesión 31).

Aunque mis señalamientos estaban orientados en ese sentido, las huídas al baño no sólo reflejaban la dificultad actual de Iván para establecer un primer contacto conmigo –y con sus objetos primarios-. También parecían poner en evidencia el ya mencionado surgimiento de su erotismo, que se desarrollaba y se expresaba cada vez más. En un acto casi masturbatorio, Iván usaba el baño para descargar todas estas sensaciones eróticas que lo abrumaban y para llegar mucho más tranquilo al lugar en el que nos íbamos a disponer a trabajar.

En cierto punto, las fallas ambientales se agudizaron (el padre de Iván comenzó a emborrarse frecuentemente y amenazó en alguna ocasión con irse de la casa) y a esto se sumó una nueva interrupción en nuestro proceso (dejamos de vernos por una semana). Entonces, Iván, que hasta el momento lo único que había mostrado era una gran dificultad para comunicarse, pareció regresar a su estado esquizoparanoide del segundo momento: volvió a tener fuertes e incontenibles sentimientos de rabia hacia su padre; sus deseos de venganza y castigo se revivieron; y las actuaciones de los impulsos y fantasías de ataque se impusieron de nuevo, aunque con mucha más fuerza: materializadas en el robo (en una sesión, Iván aceptó haber tomado \$20.000 de su casa, sin decir nada). Pero, además, Iván volvió a temer que sus fantasías inconscientes y sus sueños, que las escenas de ataque y persecución que sucedían en su mente, se convirtieran en realidad:

(Se encontraba diciéndome que últimamente le ha vuelto a ir mal en el colegio y que la profesora no le corrige bien los exámenes, lo cual le da rabia. Hay un corto silencio, y luego, continúa hablando).

I: Yo casi nunca me acuerdo de los sueños que tengo.

T: ¿Cómo es eso?

I: Pues que cuando me acuesto tengo sueños, pero después me despierto y no sé qué fue lo que soñé.

T: ¿Cómo sabes que soñaste, entonces?

I: Pues lo siento... (Silencio). ¿Usted sabe si cuando uno se sueña algo, eso se puede volver realidad?

T: ¿Te preocupa que lo que sueñas se pueda volver realidad?

I: Es que el otro día estaba en mi cuarto, metido en mi cama. Y cuando miré la cobija... ¡ufff! Parecía que hubiera un vampiro...y me estaba como mirando... Y yo dije: ¿será que de verdad está ahí?... Y me asusté... Pero volví a quedarme dormido... Y después, otro día, pensé que estaba teniendo un sueño, pero no lo tuve...

T: ¿Quieres contarme?

I: Yo pensé que me estaba soñando que mi papá llegaba a la casa y peleaba con mi mamá por una plata que él había dejado ahí en un sitio, y que ya no veía. Y entonces mi mamá le decía que la plata estaba sobre la mesa. Pero luego me desperté y mi papá sacó la plata de la misma mesa que mi mamá dijo en el sueño... Entonces no me lo soñé, ¿sí?... (Se queda callado unos segundos y luego continúa). El otro día que fuimos a la casa de una tía, había un libro para saber qué quieren decir los sueños.

T: ¿Y lo miraste?

I: Sí.

T: ¿Y qué te encontraste?

I: Por ejemplo si uno se sueña con un muerto, después al día siguiente se muere alguien.

T: ¿Sí?

I: ¡A mi mamá le pasó una vez eso! Se soñó con un bebé que se moría y luego al día siguiente se murió el hijo pequeño de una amiga.

(Sesión 32).

Juntos, tratamos de trabajar lo que estaba sucediendo. Intentamos comprender qué significaban sus robos y por qué se empeñaba en perder una y otra vez muchas de las cosas que tenía a su alcance, incluidos aquellos objetos y aparatos que le servían para comunicarse conmigo.

He aquí algunos fragmentos de sesión que muestran estos intentos de comprensión:

(Habíamos estado hablando sobre la plata que robó de su casa, y luego me había estado contando de una "borrachera" reciente de su papá).

T: Es curioso que después de haber hablado de la plata que le cogiste a tus papás, me cuentes que tu papá llegó borracho dos veces en estos días. ¿Sabes qué siento? Que esas cosas que hace tu papá te dan mucha rabia, tanta rabia, que de pronto hasta te dan ganas de castigarlo, y la forma de castigarlo es quitándole la plata.

I: De pronto... Es que mi papá es muy ambicioso... Sólo quiere plata y plata y más plata. No se preocupa por otras cosas.

T: ¿Cómo cuáles?

I: Como salir a jugar fútbol... O algo así. No pasa tiempo conmigo, y cuando sale, está bravo. ¡Uno también necesita otras cosas diferentes a la plata!... Como cariño.

T: Y como sientes que él no te da cariño, entonces le coges la plata; es como si la plata fuera ese cariño que sientes que él no te da.

I: De pronto...

(Sesión 32).

(Continuación del fragmento anterior).

(Hay un silencio importante. Yo no digo nada, dejo que suceda).

I: Y he perdido dos materias... Pero no ha sido sólo mi culpa... También es porque la profesora de Biología sólo me califica los exámenes o los ejercicios si se los entrego completos. Y como a veces llego tarde a la clase porque nos demoramos yendo desde aquí al colegio, pues no alcanzo a hacerlos hasta el final.

T: Pareciera que eso que hace la profesora de Biología te produce mucha rabia...

I: (Lo afirma con su cabeza). Y, además, perdí los exámenes (Se sonríe).

T: ¿Cómo los perdiste?

I: Hmm... No me acuerdo... No sé qué pasó...

T: Parece que te pasa bastante eso de perder las cosas, que no sólo se te pierden los exámenes, sino también el MP3, el celular... Los pones por ahí y luego se te desaparecen. Es como si los dejaras perder.

I: (Se ríe, negando con su cabeza lo que le digo y, después, medio aceptándolo).

T: Pero además me llama la atención que muchas de las cosas que dejas perder, son las que te regala tu papá...

I: (Me interrumpe). Pero el MP3 no me lo regaló mi papá...

T: Es cierto, pero te ha regalado otras cosas que sí has perdido, como el celular. ¿Y sabes qué creo? Que tú sientes que esas cosas reemplazan el cariño que él no te da. Y entonces, primero las aceptas, pero después, cuando tienes rabia, las rechazas y las botas.

I: (Se queda callado).

De esta manera, pudimos entender que sus robos parecían estar relacionados con querer castigar a su padre por no proveerlo ni a él -ni a su familia- de aquello que más necesitaba: afecto; y que la pérdida de sus objetos y aparatos (muchos de los cuales se los había dado su papá) era una forma de desechar y rechazar aquello que su papá le daba, que Iván sentía que no lo ayudaba a crecer psíquicamente y a pensar.

Hoy, analizando con un mayor detenimiento el material clínico, parece ser claro, además, que Iván se encontraba asustado por el hecho de que pudiera retornar a su vieja defensa: el dormir; ese mundo plano y desértico en el que no existía nada, en el que no era posible comprender y pensar, y, sobre todo, en el que no era posible diferenciar: entre lo animado y lo inanimado, entre lo verdadero y lo falso, entre la fantasía y la realidad, entre el sueño y la vigilia (Bion, 1962a). Iván parecía tener algún conocimiento de que las fallas de su ambiente (Winnicott, 1965) sumadas a la pronta finalización del proceso psicoterapéutico, podían ubicarlo, de nuevo, en ese lugar.

Pero también, en cierto modo, parecía temer por aquello en lo que se habían convertido algunos de sus viejos símbolos: en los momentos en los que se esforzaba por despertar de sus envolventes estados de sueño dichos símbolos surgían -o por lo menos así le parecía por unos pocos segundos- ya no como invenciones suyas, sino como objetos reales y temerosos. Así, el vampiro (que sesiones atrás había tomado parte en una de sus narraciones sobre alguna serie de televisión), era ahora un vampiro real, que se encontraba sobre su cobija, casi dispuesto a atacarlo. Seguramente, dicho vampiro representaba (sin que Iván notara que era eso, una representación) al objeto exclusivamente malo y persecutor en el que de nuevo se había convertido su padre, en parte por sus fallas, pero en parte, también, por las continuas proyecciones que Iván le hacía de sus propios impulsos destructivos. Tal vampiro había dejado de ser un símbolo y había comenzado a ser una “equiparación simbólica” (Segal, 1980b).

Posterior a las comprensiones mencionadas anteriormente, y contra toda sospecha, al final de la sesión No. 32 Iván expresó, por primera vez, lo que parecía ser un pensamiento; es decir, el resultado de la unión de una pre-concepción con una frustración (Bion, 1962a):

(Nos encontrábamos hablando del temor que le producía que sus sueños se pudieran convertir en realidad).

T: De pronto estás preocupado porque esos sueños e ideas que tienes a veces se puedan convertir en realidad, como pensaste que te había pasado con el vampiro. Te da miedo que se conviertan en realidad esas ganas de vengarte de tu papá o de castigarlo cuando hace algo malo, algo que no le gusta. Por eso prefieres seguir durmiendo o cambiar de tema, como haces aquí a veces conmigo, por ejemplo ahorita, que estábamos hablando de que quizás querías castigar a su papá y de repente comenzaste a hablarme del colegio, de las materias que perdiste.

I: (Silencio).

T: Temes que con tus pensamientos puedas hacerle daño a los otros, a tu papá y a tu mamá, y, quién quita, también a mí. Parece que te asusta que te pueda pasar algo parecido de lo que le pasa a Naruto cuando se le sale el Zorro.

I: Pero yo casi nunca me pongo puto... Cuando me voy a acostar le pido a Dios que me ayude, que me pueda poner puto... Y yo le rezo... Le he rezado como cinco veces, pero Dios no me lo cumple. (Final de la sesión).

Iván esperaba ponerse “puto” y, con este impulso, con este sentimiento, vengarse de su padre por todo el daño causado; esperaba transformarse y adquirir, de repente, toda la fuerza que necesitaba para vencerlo; esta era su pre-concepción. Sin embargo, sus experiencias, la realidad, el trabajo que habíamos realizado juntos, le mostraban algo diferente: tenía una fuerza y un poder limitados, y, además, en ocasiones, sentía dolor (que lo hacía frágil), como el que mostró justo al iniciar esta misma sesión (No. 32):

(Empezamos la sesión. Apenas nos sentamos, me pregunta).

I: ¿Usted sabe qué es el Ying y el Yang? (Me muestra una cadena que cuelga de su cuello, de la que pende una cruz que tiene en la mitad este símbolo). La compré el otro día, pero no sé bien qué es lo que significa...

T: ¿Qué crees tú que significa?

I: Hmmm... (Hace gestos de no tener idea).

T: No estoy muy segura, pero me parece que uno de esos lados representaba las fuerzas del bien y el otro las del mal. ¿Pero sabes qué? Creo que no sólo me estás preguntando por el Ying y el Yang, también me estás preguntando por ti. Me estás pidiendo que te ayude a entender todas las cosas que te están pasando en este momento en tu vida, esas que a veces tú sientes que no puedes comprender estando solo.

I: Hoy, cuando estaba en el colegio, estaba al lado de Julián, un compañero, y me vio un anillo que yo tenía puesto en el dedo, y me lo quitó

T: ¿Cómo fue eso?, ¿quieres contarme?

I: Sí, así. (Me muestra con sus manos de qué manera su compañero le sacó el anillo a la fuerza. Sin embargo, luego se rectifica). Pero tampoco es que me lo haya rapado, él me lo pidió y yo se lo di, sólo que cuando me lo sacó, me pasó esto... (Me señala una marca roja que tiene en su dedo).

T: De pronto no quieres que yo piense que tus compañeros te maltratan. Por eso aunque primero me muestras cómo Julián te quitó el anillo a la fuerza, luego te rectificas y me dices que fuiste tú quien se lo diste, que él no te lo rapó. Pero además siento que con todo esto lo que me estás diciendo es que sientes que a veces tus compañeros o amigos pasan por encima de ti y te maltratan, y eso no te gusta, te sientes

mal por eso, te duele, así como te duele el dedo y esa marca que tienes en él. Hoy llegaste mostrándome tu dolor. Y de pronto esa pregunta que me hiciste al principio no es sólo para que te ayude a saber qué es el Ying y el Yang, es también que te ayude a entender por qué te pasan esas cosas.

I: (Hace silencio y me mira).

¿Intentaba Iván protegerse de este dolor? Probablemente, y probablemente en eso consistía la adquisición del Ying y el Yang, en la búsqueda de algo mágico que le ayudara a no salir tan herido - sobre todo ahora que el final de la psicoterapia era inevitable-. Sin embargo, también era claro, como un logro, que Iván por primera vez podía representar su vulnerabilidad (una frustración), y no sólo la podía representar en su mente, sino que la podía modificar, generando entonces un pensamiento verbal que le era posible compartir conmigo. A pesar del dolor que le significaba, comenzaba a comprender que él no era Naruto, él era Iván, lo cual podía traducirse en una segunda e importante conquista de la realidad.

Después de la sesión No. 32, y con una nueva interrupción de una semana (debida a una enfermedad mía), Iván y yo tuvimos tan sólo una sesión más, en la que, con algunos tropiezos, pudimos abordar de alguna manera lo que significaba para él nuestra separación:

(Acabábamos de iniciar la sesión. Me había mostrado un balón grande que había traído con él, contándome que llevaba mucho tiempo perdido y que recientemente encontró. Le recuerdo que esta es nuestra última sesión).

I: La semana pasada no nos vimos.

T: Sí, es cierto, no pudimos vernos

I: ¿Por qué no ponemos en orden las cosas?... La semana pasada cancelamos la sesión porque usted estaba enferma, y esta semana se cambió porque usted tenía una cita con su profesora... Mi mamá sí me dijo que ya no iba a venir el miércoles sino el jueves y yo le dije: "Uy... se me va a dañar el día".

T: Parece que te pusiste molesto, pero no porque se te fuera a dañar el día, sino porque yo no estuve para ti cuando tenía que estar, que era el miércoles.

I: Y la semana pasada llegamos aquí y usted no estaba.

T: De pronto te sentiste asustado en ese momento porque pensaste que yo me había olvidado de ti o que quizás ya no quería atenderte más. Entonces ahora, al decirme todo esto, me estás preguntando qué pasó, adónde se fue todo eso que hemos hecho los dos aquí, si es que se dañó o se rompió. Y me lo preguntas también porque sabes que hoy es nuestra última sesión.

I: (Se queda callado por un rato). El otro día estuve jugando con mi primito con este balón. Él es chévere... Es bonito. Tiene como 11 meses y ya camina. (Sonríe). En cambio, mi mamá dice que yo caminé tarde.

T: ¿Y qué crees de eso que dice tu mamá?

I: ¡Hmmm! (Hace gestos de no tener idea)... Eso dicen... Yo no me acuerdo...

T: ¿Sabes qué creo? Que de pronto lo que me quieres decir es que te gustaría volver a ser chiquito, volver a ser un bebé que no puede caminar. Y es interesante que todo esto lo hayas dicho después de que hablamos de nuestra separación. De pronto quieres ser como mi bebé, para que yo te cuide y así no nos separemos.

I: (Silencio).

Con esta reflexión terminó nuestra relación, no sin que quedara en mí -y seguramente en él también- la sensación de que teníamos mucho más por hacer. Iván había podido liberar su vida instintiva y reactivar su vida de fantasía inconsciente; había establecido una relación simbólica con el mundo y

generado unos primeros pensamientos; y, lo más importante, había configurado un modelo de comunicación consistente, con el cual el trabajo psicoterapéutico podía tomar cuerpo y tono.

En esa medida, la recomendación hecha por mí fue que Iván continuara siendo atendido. Con esta continuidad en la atención, y haciendo uso de este nuevo modelo comunicativo, seguramente Iván podría explorar y profundizar un poco más en sus sentimientos y ansiedades depresivas; tendría la oportunidad de seguir trabajando en el reconocimiento y la representación de su vulnerabilidad; y, finalmente, podría empezar elaborar el despliegue de su erotismo desbordado y comenzar a estructurar algún significado para el acto de abuso sexual cometido.

DISCUSIÓN

Vuelvo entonces a la pregunta que me planteé inicialmente: ¿es el desarrollo y la expresión de las fantasías inconscientes un paso necesario en la construcción de comprensiones sobre sí mismo y sobre el objeto?, ¿lo es, por lo menos, en el caso de un adolescente que llega a psicoterapia con una fuerte inhibición de su vida instintiva, una parálisis de su vida de fantasía inconsciente, algunos trastornos de pensamiento y una marcada ausencia de una relación simbólica con el mundo? A continuación, y de manera breve, intentaré esbozar algunas respuestas, retomando, como lo mencioné en la introducción, lo encontrado en el material clínico y los planteamientos de algunos autores citados por mí en el marco teórico.

Lo **primero** que quisiera señalar, tras haber analizado el proceso psicoterapéutico de Iván, es que encuentro aplicables y pertinentes varios de los planteamientos realizados por Hanna Segal en sus artículos *Fantasía y otros procesos psíquicos* (1980a) y *Fantasía y realidad* (1994).

Por un lado, coincido con Segal en su afirmación de que en todo niño ‘normal’ “existe una capacidad para percibir una realidad diferente de la fantasía” (Ibíd.: 46), que lo impulsa a poner a prueba esta última. Considero que esto es del todo cierto y que, además, es un fenómeno que no sólo se observa en bebés y niños sanos, sino que puede ocurrir intensamente -y casi por primera vez- en un paciente como el que atendí, que se encontraba inhibido y rondando la adolescencia. Según la experiencia que tuve con él pude concluir que, mientras en el marco de un proceso psicoterapéutico exista la posibilidad de comenzar a forjar una noción de mundo interno y de establecer, de alguna manera, los márgenes de este último, tal capacidad de la que habla Segal puede empezar a conformarse.

En cuanto al proceso específico de Iván se refiere, me atrevería a afirmar que fueron tres aspectos, principalmente, los que permitieron comenzar a configurar esta noción de mundo interno en él (diferente del mundo externo) y, por ende, los que lo motivaron a poner a prueba su fantasía inconsciente en la realidad. Los tres tuvieron lugar en el segundo momento de la psicoterapia.

El primero de ellos radica en la posibilidad que tuvo Iván de darse cuenta que sus “modelos internos” de relación (Segal, 1994) no correspondían, necesariamente, con la realidad actual. Tal posibilidad se dio, en parte, gracias a mi respuesta diferenciada de la de sus objetos internos primarios frente al surgimiento de su emoción y su rabia.

El segundo aspecto tiene que ver con el hecho de haberle podido mostrar a Iván las partes buenas y vulnerables de su objeto-padre cuando se encontraba viviendo un estado esquizoparanoide intenso. Quizás estos señalamientos sobre la preocupación que su padre podía tener por su progreso escolar y académico o sobre sus deseos de hacer ciertas cosas bien (aunque muchas veces no obtuviera los resultados esperados), allanaron el camino para que Iván comenzara a considerar la existencia de nuevas características y atributos en sus objetos.

Finalmente, el tercer aspecto, se sitúa en el trabajo que hicimos sobre su dormir como defensa. Fue a propósito de la aparición de esta defensa que Iván pudo ver que algo estaba pasando con él y dentro de él, y no sólo con sus objetos.

Por otro lado, volviendo a mis coincidencias con Hanna Segal, quisiera manifestar que también me encuentro de acuerdo con ella cuando afirma que el proceso de poner a prueba la fantasía inconsciente en la realidad sienta las bases para configurar el pensamiento -en la medida en que permite que el niño aprenda cuáles de las expectativas forjadas por su fantasía inconsciente “son aplicables [y no aplicables] y qué modalidades de su propio funcionamiento le permiten abordar la realidad” (1980a: 73)- y hace que el sujeto pueda formarse “una imagen del objeto real y diferenciarlo del objeto alucinado, observando sus características reales, tanto buenas como malas” (1994:46). Ambos aspectos pude verlos en la psicoterapia de Iván, en la que el despliegue de la fantasía inconsciente, a través de las historias de Naruto y de otros personajes, tras un cierto tiempo de trabajo intenso, trajo consigo sentimientos de ambivalencia hacia el objeto-padre, cierta consciencia del daño causado a este último y la verbalización

de algunos pensamientos, entendidos como el resultado de la unión entre una preconcepción y una frustración (Bion, 1962a).

¿Cuál fue el mecanismo que usó Iván para desplegar su fantasía inconsciente y para ponerla a prueba en el marco de lo real? Quisiera proponer que se trató de uno de los tres mecanismos planteados por Segal (1994): la experimentación sin acción o “Test Experimental”, en la cual el sujeto puede hacerse preguntas del tipo “¿Qué pasaría si?” y comenzar a sentar las bases del pensamiento flexible y la acción racional. En esa medida, considero que Iván trasladó al espacio psicoterapéutico todo un mundo imaginario, un “mundo como-si” (Ibíd.) poblado de personajes que protagonizaban luchas entre ellos y que, con ayuda de distintos poderes, se vencían una y otra vez. Dicho mundo -tomado prestado de la cultura, y con una trama y una historia ya desarrolladas- le permitió ver en ejecución (una ejecución imaginaria) su principal fantasía inconsciente, o, en términos de Segal, su principal “hipótesis de deseo”: la de luchar con su padre y vengarse de él. Gracias a este mundo, Iván pudo jugar con esa fantasía una y otra vez, usarla de distintas maneras y explorarla en todos sus recovecos, y pudo comenzar a desarrollar ciertas preguntas sobre las posibles consecuencias de su imaginaria acción: ¿qué sucedería si llevaba su destrucción al límite?, ¿Qué le traería el futuro, una vez se hubiera acabado con todos y todo?, ¿volvería a ser querido por los otros?, ¿se restablecerían sus relaciones?, ¿de qué manera?

Basada en lo anterior, me atrevería entonces a plantear una respuesta inicial a la pregunta que orienta mi trabajo, y es la siguiente: efectivamente el despliegue de la fantasía inconsciente parece ser un paso necesario para que un paciente como Iván pueda generar unas primeras comprensiones sobre sí mismo y sobre sus objetos. No obstante, y esto es lo **segundo** que quisiera señalar, el proceso de poner a prueba la fantasía en la realidad no es necesariamente -como se alcanza a pensar al leer algunos artículos de Hanna Segal (1980a y 1994)- un proceso solitario, en el que un sujeto casi ensimismado se percata, gracias a su percepción, a la acción o la experimentación sin acción (test experimental) que existe una realidad diferente y modifica su forma de verse a sí mismo y, sobre todo, su forma de ver al objeto. Me distancio, por lo menos en lo que refiere a la experiencia clínica con Iván, de la analogía que plantea Segal (1994) en la que el bebé (que también podría ser un niño o un adolescente) es “como un retoño de científico exitoso” que experimenta y prueba en su fantasía, y en ese proceso de experimentar y probar, aprende acerca del mundo. Quisiera sugerir que gran parte de este proceso de despliegue y puesta a prueba de la fantasía pasa por la identificación proyectiva realista descrita por Bion, (1962b), en la cual el niño, en el marco de una **relación** con su objeto externo, busca despertar en este último aquellos sentimientos de los que desea liberarse o desembarazarse.

En últimas, lo que puedo concluir después de haber desarrollado este proceso psicoterapéutico con Iván, es que para que el despliegue y la puesta a prueba de la fantasía en el marco de lo real le permita a un adolescente como Iván elaborar comprensiones sobre sí mismo y sobre sus objetos es necesario que se presenten dos aspectos que, en sí, constituyen dos de los “elementos de psicoanálisis” propuestos por Bion (1963). En primer lugar, es fundamental que desarrolle una relación continente-contenido; y, en segundo lugar, se requiere del movimiento oscilatorio Ps \longleftrightarrow D. Me detendré brevemente en cada uno de estos dos aspectos -primero en la relación continente-contenido y luego en la oscilación Ps \longleftrightarrow D- para tratar de analizar su papel en este proceso, por supuesto, centrando mis reflexiones en el caso de Iván.

Antes de referirme a lo que permitió el establecimiento de una relación continente-contenido en el proceso, quisiera indicar cómo fue que surgió dicha relación. Estoy de acuerdo con Bion cuando afirma que “antes que ♀ ♂ puedan actuar, ♀ debe ser encontrado y el descubrimiento de ♀ depende de la operación Ps \longleftrightarrow D” (1963: 64). Y creo, de alguna manera, que eso fue lo que sucedió con Iván: primero tuvo que encontrarme a mí como un continente (lo cual ocurrió en el segundo momento de la psicoterapia) y luego, ahí sí, empezó a depositar, uno tras otro, sus contenidos en mí. Pero, podría preguntarse, acaso: ¿cómo fue posible que me configurara como continente, a sabiendas del estado psíquico en el que se encontraba? Creería, de nuevo siguiendo a Bion, que algunos tenues y pequeños elementos depresivos de su psiquismo (con los que ya contaba Iván antes de iniciar la psicoterapia), sumados a mi respuesta confiable y diferenciada de la de sus objetos internos, fueron determinantes en este sentido.

Una vez la relación continente-contenido comenzó a funcionar, el mecanismo de identificación proyectiva pareció reactivarse, e Iván pudo liberar su emoción y su rabia y comenzar a configurarlas como contenidos. Estos contenidos, que Iván depositó en mí una y otra vez, le fueron devueltos de manera elaborada, es decir, como elementos alfa que, aglomerados y reunidos, permitieron el surgimiento de una barrera de contacto (Bion, 1962b). Dicha barrera, hizo posible que Iván comenzara a establecer una mayor diferenciación entre su vida consciente e inconsciente (las confusiones entre lo animado y lo inanimado comenzaron a desaparecer), y facilitó el desarrollo de pensamientos oníricos e inconscientes los cuales, en conjunto con el acceso a las historias de Naruto y otros personajes del *anime*, llevaron al desarrollo de símbolos. Finalmente, los símbolos – distanciados y diferenciados del objeto primario, y con unas posibilidades de uso mucho más libres que las de las equiparaciones

simbólicas- le permitieron a Iván desplegar a fondo sus fantasías de ataque y venganza hacia su padre en el espacio psicoterapéutico, e iniciar un intenso movimiento oscilatorio Ps ↔ D.

Me interesa en este punto traer de nuevo a Hanna Segal, quien en el postfacio de su artículo *Notas sobre la formación de símbolos* y en el artículo *La función de los sueños* enuncia -sin desarrollarla a fondo- esta relación que existe entre el establecimiento de una relación continente-contenido y la producción de elementos Alfa, y la simbolización. En el primero de estos dos artículos, Segal (1980b: 90) manifiesta lo siguiente: “Es preciso tener en cuenta la particular relación existente entre la parte proyectada y el objeto en el cual es proyectada: el continente y lo contenido [...] Con respecto a la formación de símbolos, esta relación reviste de gran importancia”. De otro lado, en *La función de los sueños* (1980c: 128 -129), Segal señala que los elementos alfa, capaces de “ser almacenados en la memoria, de ser reprimidos y elaborados [...] son aptos para la simbolización”. Estoy de acuerdo con lo que plantea Segal en estos dos enunciados y considero, como lo anoté anteriormente, que el surgimiento de elementos Alfa, en el marco de una relación continente-contenido, fue un factor determinante para que Iván pudiera construir símbolos complejos que, a su vez, se constituyeron en un factor necesario – una especie de catalizador- para el proceso de puesta a prueba de la fantasía inconsciente en la realidad iniciara su marcha.

Eso en cuanto a la relación continente-contenido. Ahora, ¿de qué manera el movimiento Ps ↔ D fue necesario para que el despliegue y el desarrollo de la fantasía inconsciente permitieran en Iván la elaboración de unas primeras comprensiones sobre sí mismo y sobre sus objetos? Quisiera plantear que, gracias a la oscilación Ps ↔ D, Iván pudo integrar algunos elementos que hasta el momento habían existido en su vida psíquica de una manera dispersa y fragmentada: logró, principalmente, reunir los sentimientos de amor y de odio desarrollados hacia su padre (y los que su padre, en su mundo interno, tenía hacia él); y le fue posible establecer una relación entre la ejecución fantástica (y real) de sus impulsos destructivos y su capacidad de hacer daño.

Esto último me hace recordar, entonces, el siguiente planteamiento de Bion: “ligar elementos que aparentemente no tienen ninguna conexión ni de hecho ni de lógica de tal manera que su conexión sea evidente y la coherencia insospechada sea revelada [...] es característica de Ps ↔ D” (1963: 61). Creo que fue eso lo que sucedió con Iván y lo que terminó conformándose en lo que hasta el momento he llamado comprensiones sobre sí mismo y sobre sus objetos.

Lo anterior me hace inevitable, también, pensar en la afirmación de Bion de que la oscilación entre la posición esquizoparanoide y depresiva y la relación continente-contenido son los dos elementos de psicoanálisis que permiten el pensamiento y el aprendizaje. En palabras de este autor:

El mecanismo de identificación proyectiva posibilita al lactante manejarse con la emoción primitiva y así contribuye al desarrollo de pensamientos. La interrelación entre las posiciones depresiva y paranoide-esquizoide está también relacionada con el desarrollo de los pensamientos y el pensar [...] Parecería que hay una conexión entre Ps ↔ D y ♀ ♂ (1963: 61).

El trabajo psicoterapéutico con Iván no puede llevarme más que a reafirmar tal planteamiento, y a considerarlo una parte fundamental en el proceso o el recorrido mediante el cual el despliegue de la fantasía inconsciente le permite a un adolescente como el que atendí, generar comprensiones sobre sí mismo y sobre sus objetos. Seguramente al ser Hanna Segal una estudiosa y transmisora de la obra de Melanie Klein, tenía clara esta relación. Sin embargo, en los artículos en los que explora los vínculos entre fantasía inconsciente y realidad, y fantasía inconsciente y pensamiento, no la hace evidente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BION, W.R., 1962a. Una teoría del pensamiento. En *Volviendo a pensar*. Buenos Aires: Paidós, 1985.
- _____ 1962b. *Aprendiendo de la experiencia*. Barcelona: Paidós, 1980.
- _____ 1963. *Elementos de psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1966.
- ISAACS, S., 1948. Naturaleza y función de la fantasía. En: *Desarrollos en psicoanálisis*, Paidós - Hormé: Buenos Aires, 1983.
- KLEIN, M., 1930. La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo. En: *Contribuciones al psicoanálisis*. Paidós - Hormé: Buenos Aires, 1978.
- _____ 1946. Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En: *Desarrollos en psicoanálisis*, Paidós - Hormé: Buenos Aires, 1983.
- _____ 1948. Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa. En: *Desarrollos en psicoanálisis*, Paidós - Hormé: Buenos Aires, 1983.
- _____ 1958. Sobre el desarrollo del funcionamiento mental. En: *Envidia y gratitud y otros trabajos*. Paidós: Buenos Aires, 1987.
- LAPLANCHE, J., PONTALIS, J.B., 1967. *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós: Barcelona, 1996.
- LÓPEZ, R.E., 2002. *Diccionario de la obra de Wilfred R. Bion*. Biblioteca Nueva: Madrid, 2002.
- MELTZER, D., 1978. Richard, semana a semana. En: *Desarrollo kleiniano*. Spatia Editorial: Buenos Aires, 1990.
- OGDEN, T.H., 1986. Las relaciones de objeto interno. En: *La matriz de la mente. Las relaciones de objeto y el diálogo psicoanalítico*. Madrid: Tecnipublicaciones S.A., 1989.
- RIVIERE, J., 1955. La fantasía inconsciente de un mundo interno reflejada en ejemplos de la literatura. En: *Nuevas direcciones en psicoanálisis*. Paidós - Hormé: Buenos Aires, 1965.
- SEGAL, H., 1965. Fantasía. En: *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Paidós: Buenos Aires, 1965.
- _____ 1980a. La fantasía y otros procesos psíquicos. En: *La obra de Hanna Segal. Un enfoque kleiniano de la práctica clínica*. Paidós: Buenos Aires, 1980.
- _____ 1980b. Notas sobre la formación de símbolos. En: *La obra de Hanna Segal. Un enfoque kleiniano de la práctica clínica*. Paidós: Buenos Aires, 1980.

- _____ 1980c. La función de los sueños. En: *La obra de Hanna Segal. Un enfoque kleiniano de la práctica clínica*. Paidós: Buenos Aires, 1980.
- _____ 1994. Fantasía y realidad, en *Libro anual de psicoanálisis*, Vol. 11, 1995. Pp. 41 – 47.
- STEINER, J., 1994. El equilibrio entre la posición esquizoparanoide y la posición depresiva. En: *Conferencias clínicas sobre Klein y Bion*. Paidós: Buenos Aires, 1994.
- WINNICOTT, D.W., 1960. La distorsión del yo en términos de self verdadero y falso. En: *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires: Paidós, 1993.
- _____ 1965. *La familia y el desarrollo del individuo*. Hormé: Buenos Aires, 1967.
- _____ 1971. *Realidad y juego*. Gedisa: México D.F.
- _____ 1984. *Deprivación y delincuencia juvenil*. Paidós: Buenos Aires, 1990.